



Número 219
Octubre 2021

HERALDOS DEL EVANGELIO



*Ayer y hoy,
el Santo Rosario*



«Perfume que sube hasta mi trono»

Un día, en el noviciado, cuando la madre maestra me había destinado a la cocina de las niñas, me afligí mucho por no estar en condiciones de cargar con las ollas, que eran enormes. Lo más difícil para mí era escurrir las patatas; a veces, tiraba la mitad de ellas. Al mediodía, durante el examen de conciencia, me quejé al Señor por mi falta de fuerzas. De repente, oí en mi alma estas palabras: «A partir de hoy te resultará muy fácil. Aumentaré tus fuerzas».

Por la noche, cuando vino el momento de escurrir las patatas, fui la primera, confiada en las palabras del Señor. Cogí la olla con facilidad y las escurrí bastante bien. Pero cuando quité la tapadera para que saliera el vapor, en lugar de patatas, vi en la olla ramilletes de rosas rojas, tan bellas que

es difícil describirlas. Jamás había visto nada parecido. Me quedé sorprendida, sin entender su significado; pero en aquel momento oí una voz en mi alma: «Tu pesado trabajo lo transformo en ramilletes de las flores más bellas y su perfume sube hasta mi trono».

Desde ese momento, traté de escurrir las patatas no sólo durante la semana que tenía a mi cargo la cocina, sino que trataba de sustituir en este trabajo a otras hermanas durante su turno. Pero no únicamente en este trabajo; en cada tarea pesada procuraba ser la primera en ayudar, pues había experimentado lo mucho que le agradaba a Dios.

Palabras del Señor a Santa Faustina Kowalska, extraídas de: «Diario», n.º 65

Director Responsable:

Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:

Severiano Antonio de Oliveira;

Silvia Gabriela Panéz;

Marcos Aurelio Chacaliza C.

Edita:

Editorial VERUM S.A.

Alcalde Eduardo Castillo Velasco 2345

Niñoa, Santiago de Chile

ISSN:0717-7690

Suscripciones:

Chile:

Santiago:

Alcalde Eduardo Castillo Velasco 2357, Niñoa

Tel. (56) 226 667 090 - 226 667 088

+56 9 7335-5966

heraldos@heraldosdelevangelio.cl

Uruguay:

Montevideo: Lanús 5880

Tel. (598 2) 2321 4963

fatimauy@adinet.com.uy

Imprime: A Impresores S.A.

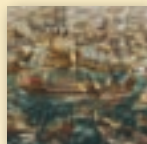
Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.

El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores 4

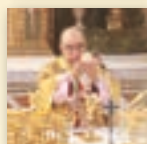
Si quieres la verdadera paz,
usa la mejor arma de guerra (Editorial) 5



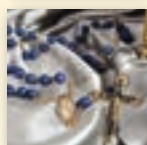
La voz de los Papas –
Reina del Rosario,
Virgen de las Victorias 6



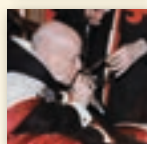
Comentario al Evangelio –
La sabiduría nos da
la riqueza del Cielo 8



La espiritualidad
eucarística 16



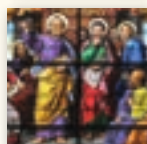
El Santo Rosario –
Arma eficaz contra los
enemigos de Dios 20



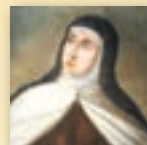
La devoción del Santo
Rosario – Obra maestra de
la espiritualidad católica 24



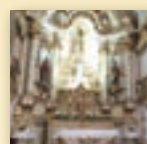
San Bruno – Padre y
fundador de la Cartuja 28



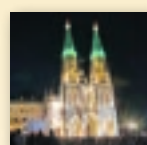
¿Cómo discernir el
verdadero apóstol de
Jesucristo? 32



La reforma de la
Encarnación y la cocina
de Santa Teresa 36



En las manos de Dios,
la elección de
la vocación 40



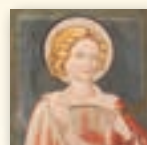
Heraldos en el mundo 42



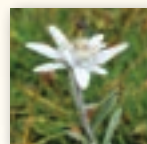
Sucedió en la Iglesia
y en el mundo 44



Historia para niños... –
El fracaso de la leona y la
salvación de la tortuga 46



Los santos de
cada día 48



Coraje y pureza 50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.org





ESCRIBEN LOS LECTORES

EXCELENCIA Y FIABILIDAD EN LA TRADUCCIÓN

Participo en el Centro de Estudios Católicos de mi ciudad, vinculado al Movimiento de Vida Cristiana y Solidario de Vida Cristiana —Asociación internacional de derecho pontificio—, y les escribo para preguntarles acerca del artículo publicado en la edición núm. 216, de julio de este año, en la sección *La voz de los Papas*. Se trata de la traducción de un documento de San Gregorio Magno realizada por los Heraldos.

Sucede que estoy llevando a cabo una investigación para desarrollar un artículo sobre el ciego de Jericó, que incluye citas pontificias, y desconocía ese comentario. Querría saber si hay posibilidad de consultar la traducción completa que hicieron los Heraldos, por su excelencia y fiabilidad. Aunque el fragmento publicado ya arroja una luz enorme. Les agradezco de antemano su atención y cuento siempre con mis oraciones por la obra de los Heraldos.

José Duarte de Barros Filho
Petrópolis — Brasil

HACER SENTIR AL MUNDO QUIÉNES SON LOS VERDADEROS HIJOS DE DIOS.

La revolución de los siglos XV y XVI, como bien señala el autor del artículo *Un cantor de Dios en pleno Humanismo*, de la edición de agosto pasado, no generó ateos ni herejes, sino que intentó silenciar la voz de Dios. ¿Puede la revolución silenciar a Dios? ¿Puede el Humanismo esconder el magno e inmenso misterio trinitario?

La Providencia siempre dispone las cosas y responde a cada tiempo y a cada contexto; y en ese momento donde las tinieblas acechaban la sociedad cristiana, a través de la música nos en-

contramos con Josquin Desprez, que fue mucho más que un compositor, fue un hombre que movido por el Espíritu Santo, en el silencio del Renacimiento ante Dios, clamó con espíritu filial: ¡Abba, Padre! Desde su posición, rindió gloria a Dios en cada nota, sin dar lugar a la imitación, porque sólo aquello que mana del Sagrado Corazón de Jesús es un claro triunfo, aun en tiempos revolucionarios.

Y ahora, en nuestros días, sin duda alguna más corruptos, ¿quién es un cantor de Dios? ¿Quién rompe el silencio de la gracia ante el pecado? Como Josquin, por manos de María Santísima, Madre de las gracias y virtudes, desde nuestra posición y en nuestro servicio, hagamos sentir al mundo entero quiénes son los verdaderos hijos de Dios.

Salvador Peñalver
Vía revistacatolica.org

UN TEMA QUE NOS LLEVA A REPENSAR NUESTRAS ACTITUDES

Al leer el artículo sobre las profecías de Fátima, de la edición de mayo pasado, vemos cómo Nuestra Señora desea que sus hijos se purifiquen de la suciedad de este mundo revolucionario y, con eso, salven sus almas.

Su lectura nos lleva, sin duda, a repensar nuestras actitudes y llena nuestro corazón de alegría y esperanza para perseverar en los caminos que nos llevarán al Reino de María. Enhorabuena, revista *Heraldos del Evangelio*, por un artículo más tan esclarecedor.

Lucía Amorim
São Paulo — Brasil

CONSEJOS PRÁCTICOS PARA EL DÍA A DÍA

¡Nuestros más sinceros saludos a los hermanos Heraldos del Evangelio! Es una alegría muy grande poder expresar nuestra gratitud a la Santísima Virgen, que sigue derramando

tantas gracias y bendiciones sobre nuestras familias y los seres queridos más necesitados. Y, de hecho, ¡ha salvado a muchas almas!

Nos encanta mucho leer todos los artículos de la revista *Heraldos del Evangelio*, especialmente los que hablan de María, así como también el *Comentario al Evangelio*, escrito por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, el cual nos ofrece consejos prácticos para el día a día.

Lise y Rene Chung
Scarborough — Canadá

MARTIRIO DE ENTREGA Y DE AMOR

El artículo *Mártires en el siglo XXI*, publicado en la revista de agosto, evidencia que la religión católica es la más perseguida y la que cuenta con mayor número de mártires.

Hoy día, no obstante, también existen verdaderos martirios que no siendo de sangre son actos firmes de entrega y de amor, como vemos reflejado en la persona de Mons. João: su entrega, holocausto, sufrimiento y su disposición de dar la vida por Cristo y por el triunfo de la Iglesia Católica Apostólica Romana.

María Ascensión Simón Paricio
Valencia — España

PEQUEÑA GRAN INTIMIDAD CON EL SAGRADO CORAZÓN

Como «una lamparilla a los pies del Sagrado Corazón» era la venerable Dña. Lucilia. ¡Y qué luz la suya!

Cuán agradecidos le estamos por introducirnos tan encantadoramente —o tan «lucilianamente»— en la pequeña gran intimidad de esta resplandeciente unión con el Sagrado Corazón. Que ella nos alcance una fe como la suya: humilde e insistente, serena e intensa, seria y confiada, amorosa y reverente, ardiente y delicada, discreta y... ¡triunfal!

Antonio María Blanco Colao
Vía revistacatolica.org

SI QUIERES LA VERDADERA PAZ, USA LA MEJOR ARMA DE GUERRA

Cuando la Encarnación del Verbo en el seno purísimo de María fue revelada a los ángeles, Lucifer enseguida se sublevó, desencadenando la mayor batalla de la Historia: aquella librada entre los que siguieron su grito de desobediencia y el ejército fiel capitaneado por San Miguel.

Aun expulsadas al abismo, las fuerzas de las tinieblas no desistieron de arrojar su humareda sobre la luz del Altísimo. Desde el pecado original, pasando por las artimañas llevadas a cabo contra el pueblo elegido y contra el propio Cristo y sus seguidores, la artillería diabólica no conoce tregua. El demonio cerca las almas como un león ronda su presa (cf. 1 Pe 5, 8). Por eso el Apóstol exhorta a orar incesantemente (cf. 1 Tes 5, 17) y a emplear armas espirituales capaces de derribar los torreones del mal (cf. 2 Cor 10, 4).

No hay duda de que, después de la Santa Misa y el Oficio Divino, el Rosario es el arma más poderosa contra la milicia infernal. Además de haber sido instituido por la propia Reina de los ángeles, contiene las dos oraciones más perfectas —el Padre nuestro y la Avemaría—, en una continua batería de súplicas en hostigamiento a la antigua serpiente. Una vez iniciado con el Credo y la cruz en ristre, el Rosario también revela que el fundamento de nuestra batalla es la fe, cuya finalidad consiste en la gloria de la Santísima Trinidad, proclamada en repetidos ruegos al final de cada misterio. Por último, como himno conclusivo, la Salve manifiesta nuestra alabanza jubilosa y humilde a la Madre de Misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra.

Hoy, como ayer, en la profunda crisis que abarca los más variados ámbitos de la sociedad, el Santo Rosario continúa siendo el arma más eficaz de «la descendencia de la Virgen» (cf. Gén 3, 15). Si a lo largo de la Historia su rezo logró tantas victorias contra la herejía, la persecución y las falacias diabólicas, fácilmente se concluye que no hay ningún poder humano o preternatural capaz de detener la marcha victoriosa de los hijos de la Reina del Rosario.

Si nosotros los católicos, que con el auxilio de la gracia divina aspiramos a mantener fidelidad plena a la Santa Iglesia, su inmutable doctrina e indefectible moral, sostenemos en nuestras manos la corona mariana, nada, absolutamente nada hemos de temer. Frustradas serán las embestidas de «los impíos que disimuladamente se han introducido entre nosotros» (cf. Jds 1, 4), como «olas encrespadas del mar que arrojan la espuma de sus propias desvergüenzas» (Jds 1, 13).

Aunque las apariencias puedan gritar lo contrario, también será por medio de esa implacable arma contra el poder de las tinieblas que se obtendrá el mayor triunfo de la verdadera Iglesia, es decir, el advenimiento del Reino de María. Y, como consecuencia natural, contemplaremos el desmoronamiento completo del imperio construido por Satanás sobre cimientos de humo, exactamente en el momento histórico en que él, en sus aspiraciones infectas de *gaudium phantasticum*, creía vislumbrar, incluso en el interior del templo sagrado, su definitiva victoria. ✧



Montaje artístico
con el Santo
Rosario en el
centro y una
espada ornamental

Foto: Daniel Letelier



Reina del Rosario, Virgen de las Victorias

En tiempos críticos y angustiosos, el principal y sagrado cuidado de los católicos siempre ha sido refugiarse bajo la égida de María y ampararse en su maternal bondad.

El supremo apostolado que Nos desempeñamos y las difícilísimas circunstancias por las que atravesamos en estos tiempos, nos advierten cada día más y nos empujan, casi imperiosamente, a velar con tanto más cuidado por la integridad de la Iglesia cuanto mayores son las calamidades que la afligen. [...] Consideramos, pues, que nada puede conducir más eficaz y poderosamente a este fin como hacernos propicios, mediante la práctica de la devoción y la piedad, a la gran Madre de Dios, la Virgen María. [...]

Por esto, y cercana ya la anual solemnidad que recuerda los innumerables y cuantiosos beneficios conce-

didos al pueblo cristiano por medio de la devoción al Rosario de María, queremos que, en el corriente año, esta devoción en honor de la Santísima Virgen sea objeto de particular atención en el mundo católico, para que por su intercesión obtengamos de su divino Hijo venturoso alivio y término a nuestros males. [...]

Insigne protectora de la Iglesia de Dios

En tiempos críticos y angustiosos, el principal y sagrado cuidado de los católicos siempre ha sido refugiarse bajo la égida de María y ampararse en su maternal bondad; lo cual demuestra la firme esperanza, más bien

la confianza, que la Iglesia Católica ha puesto constantemente, y con razón, en la Madre de Dios.

De hecho, la Virgen, exenta de la mancha original, escogida para ser Madre de Dios y, por lo mismo, hecha Corredentora del género humano, goza ante su Hijo de una gracia y de un poder tan grandes que jamás ni los hombres ni los ángeles han podido ni podrán obtenerlo igual. [...]

Esta ardiente y confiada piedad en la augusta Reina del Cielo nunca ha brillado con más resplandor que cuando la violencia de los errores ampliamente difundidos, o la abrumadora corrupción de las costumbres, o el ataque de adversarios poderosos, ha



Reproducción

La batalla de Lepanto, por Andries van Eertvelt - Colección particular

parecido poner en peligro a la Iglesia militante de Dios

Las antiguas y modernas historias y los fastos más memorables de la Iglesia recuerdan las preces y votos públicos y privados dirigidos a la Madre de Dios y, a su vez, los auxilios concedidos por Ella e, igualmente, la tranquilidad y paz obtenidos por su intercesión. De ahí el origen de estos títulos insignes con que el pueblo católico la ha saludado: Auxiliadora, Bienhechora y Consoladora de los cristianos; Reina de los ejércitos, Señora de las victorias, Dispensadora de la paz. Pero entre todos ellos es principalmente digno de mención el solemne título del Rosario, por el que han sido consagrados a perpetuidad los excelsos beneficios en favor de la cristiandad. [...]

Victoria obtenida por el rezo del Rosario

La eficacia y el poder de esta oración se experimentaron también en el siglo XVI cuando los innumerables ejércitos de los turcos amenazaban imponer el yugo de la superstición y de la barbarie a casi toda Europa. En aquellas circunstancias, el sumo pontífice San Pío V, después de reanimar en todos los príncipes cristianos el sentimiento de la defensa común, dirigió su celo a obtener que la poderosísima Madre Dios, invocada por medio del Rosario, fuera en auxilio del pueblo cristiano. Y la respuesta fue el nobilísimo espectáculo ofrecido entonces al Cielo y a la tierra. [...]

De una parte los fieles, no lejos del golfo de Corinto, decididos a derramar su sangre y sacrificar su vida para salvar a la religión y a la patria, marchaban impertérritos al encuentro de las fuerzas enemigas; de otra, hombres inermes, cual piadoso ejército de suplicantes, invocaban a María y la saludaban repitiendo la fórmula del Rosario para que asistiera a los comba-



Nuestra Señora del Rosario de Lepanto - Iglesia de Santo Domingo de Guzmán, Granada (España)

La soberana Señora intervino: sin grandes pérdidas de los suyos, dispersó y mató a los enemigos y reportó una espléndida victoria

tientes hasta la victoria. La soberana Señora, conmovida por esas oraciones, los asistió; porque, empeñado el combate naval junto a Lepanto, la escuadra cristiana dispersó y mató a los enemigos y reportó, sin experimentar grandes bajas, una espléndida victoria.

Por este motivo, el santo pontífice, en recuerdo a tan señalados beneficios, quiso que se consagrara con una fiesta en honor de María de las Victorias el aniversario de tan memorable combate: y después Gregorio XIII consagró dicha festividad bajo el título del Rosario. [...]

Exhortación a rezar por la Santa Iglesia

Movidos por estos pensamientos y por los ejemplos de Nuestros predecesores, creemos muy oportuno, en las presentes circunstancias, establecer preces solemnes, elevándolas a la Virgen augusta por medio del Rosario, para impetrar de Jesucristo, su Hijo, iguales auxilios a las necesidades.

Ya veis, Venerables Hermanos, las incesantes y graves luchas a las que está expuesta la Iglesia; la piedad cristiana, la moralidad pública y la misma fe —que es el bien supremo y fundamento de todas las virtudes—, todo está amenazado cada día de mayores peligros. [...]

No obstante, el hecho más doloroso y lamentable es ver a tantas almas, redimidas por la sangre de Jesucristo, como arrancadas por el torbellino de esta época extraviada, que se precipitan en una conducta cada vez peor y se sumergen en la eterna ruina. [...]

Por lo tanto, teniendo en cuenta estas razones, no solamente exhortamos vivamente a todos los cristianos, pública o privadamente, en el seno de sus casas y familias, a practicar este ejercicio del Rosario y perseverar en él, sino que también queremos que el mes de octubre del año en curso sea consagrado íntegramente a la Reina del Rosario. [...]

La celestial Patrona del género humano escuchará las humildes y unánimes preces que le dirigimos y, complaciente, nos obtendrá que los buenos vean acrecidas sus virtudes, que los descarriados caigan en sí y se enmienden y que el Dios vengador de los crímenes, inclinándose a la clemencia y a la misericordia, restituya al orbe cristiano y a la sociedad, después de desviado en lo sucesivo todo peligro, el tan apetecible sosiego. ✧

Fragmentos de: LEÓN XIII.
Supremi apostolatus, 1/9/1883.



Nuestro Señor con el joven rico - Iglesia de San Vendelino, Saint Henry (EE. UU.)

Nheyob (CC by-sa 3.0)

EVANGELIO

En aquel tiempo, ¹⁷ cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló ante Él y le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?». ¹⁸ Jesús le contestó: «¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios. ¹⁹ Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre». ²⁰ Él replicó: «Maestro, todo eso lo he cumplido desde mi juventud». ²¹ Jesús se quedó mirándolo, lo amó y le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los

pobres, así tendrás un tesoro en el Cielo, y luego ven y sígueme». ²² A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico. ²³ Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: «¡Qué difícil les será entrar en el Reino de Dios a los que tienen riquezas!». ²⁴ Los discípulos quedaron sorprendidos de estas palabras. Pero Jesús añadió: «Hijos, ¡qué difícil es entrar en el Reino de Dios! ²⁵ Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el Reino de Dios». ²⁶ Ellos se espantaron y comentaban: «Entonces, ¿quién puede salvarse?».

²⁷ Jesús se les quedó mirando y les dijo: «Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo». ²⁸ Pedro se puso a decirle: «Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido». ²⁹ Jesús dijo: «En verdad os digo que no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, ³⁰ que no reciba ahora, en este tiempo, cien veces más —casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones— y en la edad futura, vida eterna» (Mc 10, 17-30).

La sabiduría nos da la riqueza del Cielo

La actitud del joven rico dejó consignado en la Historia el gran engaño de aquellos que, por apego a sí mismos, desprecian el tesoro celestial y pierden la verdadera felicidad en la tierra.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – LA SABIDURÍA Y LA AVARICIA, DOS POLOS OPUESTOS

El Espíritu Santo, a través de la inspirada conjugación de textos de la liturgia de este vigésimo octavo domingo del Tiempo Ordinario, nos instruye sobre las maravillas del don de sabiduría, presentándolo en contraste con el pésimo vicio de la avaricia.

En la primera lectura, el autor sagrado subraya la excelencia de la sabiduría con relación a las preciosidades de la tierra, afirmando haberla amado «más que a la salud y la belleza» (Sab 7, 10), y concluye: «Con ella me vinieron todos los bienes juntos, tiene en sus manos riquezas incontables» (Sab 7, 10).

De hecho, el sabio vive en consonancia con Dios y ve todas las cosas como Él mismo lo hace, conociéndolas por connaturalidad con el Creador. Disfruta, por consiguiente, de un inestimable tesoro espiritual, y ni siquiera los sufrimientos de este valle de lágrimas le impiden tal felicidad. Por otra parte, incluso los medios materiales de los que tiene necesidad le son dados

«por añadidura», conforme la promesa del Señor (cf. Mt 6, 33).

El avariento, por el contrario, transforma los bienes pasajeros de este mundo en la finalidad de su existencia, consumiéndose en la aflicción de conservarlos y adquirir siempre más. Un completo desorden interior lo priva de los criterios verdaderos para juzgar con sentido común y se vuelve incapaz de elevarse a Dios. Así, mientras la sabiduría acerca al alma a lo máximo de la visión beatífica, la avaricia la conduce a la ceguera sobrenatural. Es interesante señalar que incluso los paganos de la Antigüedad reconocieron en cierto modo esa consecuencia nefasta del apego a la fortuna: en la mitología griega, Pluto, el dios de la riqueza, era ciego.

El célebre caso del joven rico, contemplado en el Evangelio de hoy, nos ofrece un impresionante ejemplo de la lucha del corazón humano al optar entre la avaricia y la sabiduría, mostrando cómo la adhesión a aquella impide el desarrollo de ésta, además de ser causa de tristeza y frustración.

El sabio ve las cosas en consonancia con el Creador; el avariento, hace de los bienes pasajeros de este mundo la finalidad de su existencia

II – UNA CONQUISTA IMPOSIBLE PARA EL HOMBRE

San Marcos abre su capítulo décimo describiendo el paso del Señor por la región de Peerea —«Judea y Transjordania» (10, 1a)—, desde donde proseguiría su viaje hacia Jerusalén, para ser crucificado. Tal y como había ocurrido en Galilea, «otra vez se le fue reuniendo gente por el camino» y «según su costumbre les enseñaba» (10, 1b). En cierto momento, llegaron también los fariseos y, con la intención de ponerlo a prueba, le sondeaban con preguntas acerca de si «le es lícito al hombre repudiar a su mujer» (10, 2). En respuesta, Jesús comenzó a predicar sobre la indisolubilidad del matrimonio en la Nueva Ley y, después, profundizó en el tema con sus discípulos cuando ya se encontraban «en casa» (10, 10).

A estas enseñanzas le sucede la narración de la conmovedora escena en la que el divino Maestro bendice a los más pequeños y amonesta con estas palabras a los que le escuchaban: «Dejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impidáis, pues de los que son como ellos es el Reino de Dios» (Mc 10, 14). Todo lleva a pensar que el episodio que relata el Evangelio de hoy se dio a continuación, cuando Jesús, saliendo de aquella casa «se marchó de allí» (Mt 19, 15). Podemos imaginarnos a Nuestro Señor tomando la delantera y los Apóstoles acelerando el paso para estar a su lado, mientras las personas que habían asistido a la predicación también se unían a ellos, formando un animado cortejo.

Un buen deseo minado por el egoísmo

En aquel tiempo, ¹⁷ cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló ante Él y le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?».

La seguridad al exponer la doctrina, la nobleza de sus gestos, la manera de dirigirse a sus oyentes, todo en Nuestro Señor impactaba a la opinión pública y causaba entusiasmo. Un aluvión de gracias, de invitaciones y de milagros marcaban de la forma más espléndida a los que tenían contacto con Él, encendiendo en sus almas el deseo de una unión mayor con Dios.

Ciertamente sería lo que le sucedió a este «hombre importante» (Lc 18, 18), el cual va a toda prisa al encuentro de Jesús. Convencido de que Él era capaz de indicarle las normas exactas para llegar al Cielo, no quiere perder la oportunidad de acercarse y pedirle un consejo; sin embargo, debido a la aglomeración que se había formado en torno al Maestro, el único modo de intercambiar una palabra con Él era correr, sobrepasar a todos y abordarlo por delante.

Parece plausible que, al arrodillarse ante Jesús, ese personaje no sólo quisiera manifestarle su admiración, sino también impedirle respetuosamente el paso, logrando con ello que le escuchara. Si esa fue su intención, obtuvo pleno éxito:

el Señor se detuvo y, siempre solícito en ayudar a los que a Él recurrían, sin duda que lo escuchó con agrado.

La pregunta planteada revela un loable empeño de salvarse y gozar de la convivencia cara a cara con Dios, pero al mismo tiempo denota una desviación egoísta, sobre todo si consideramos que ya practicaba la virtud desde hacía muchos años. En lugar de preocuparse en «heredar la vida eterna», su principal anhelo debería haber sido: «¿Qué debo hacer para entregarme más a Dios?».

El inicio del rechazo a la gracia

¹⁸ Jesús le contestó: «¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios».

Más que una reprensión, estas palabras del Señor son una invitación a admirarlo no



*He aquí el
primer paso
que Jesús
le pedía al
joven rico: un
crecimiento
en el amor*

solamente por ser bueno en cuanto hombre, sino también en cuanto Dios, la Bondad en sustancia. He aquí el primer paso que Jesús le pedía al joven rico: un crecimiento en el amor.

Al estar más volcado para sí que para el «Buen Maestro», aquel que había ido corriendo, arrebatado por una gracia sensible, no correspondió a ese llamamiento. Y como en la vida espiritual nadie permanece estancado, sobre todo después de haberse encontrado con el propio Jesucristo, tal rechazo, aunque no manifiesto exteriormente, significó el inicio de una triste decadencia.

¹⁹ «Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre».

Bellísimo es el método empleado por Jesús para captar la benevolencia de su interlocutor. Sabiendo que éste esperaba recibir una orientación fácil de ser seguida, empieza enumerando los mandamientos referentes a las relaciones sociales. Siendo la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, Nuestro Señor conocía desde siempre la eximia corrección de aquel hombre en el trato con el prójimo y le enunció tales preceptos a fin de darle seguridad, hacerlo sentirse honrado ante los que presenciaban la escena e incentivarlo a progresar en la virtud.

¡Jesús lo amó!

²⁰ Él replicó: «Maestro, todo eso lo he cumplido desde mi juventud». ^{21a} Jesús se quedó mirándolo, lo amó...

San Mateo registra con precisión que ese hombre era «un joven» (19, 16), información corroborada por el minucioso relato de San



Jesús y el joven rico
Catedral basílica de Cristo Rey,
Hamilton (Canadá)

Marcos. Alguien avanzado en años no llegaría corriendo, ni tendría aliento para arrodillarse y empezar a hablar inmediatamente después de tal esfuerzo. Entonces, ¿por qué declara que ha sido observante desde su juventud, como si ya fuera un período pasado en su vida?

Esa afirmación no se sujeta a una franja etaria, sino a su fidelidad a los mandamientos desde el despuntar del uso de la razón, debido a un auxilio especial de la gracia. Por lo tanto, el Señor lo miró y lo amó —«*intuitus eum dilexit eum*», en la expresiva traducción latina. Consolado al ver que aquellas palabras correspondían a la verdad, pues se trataba realmente de un alma virtuosa, el Redentor no le tiene en consideración sus faltas, sino que lo mira con dilección. Quizá le haya dicho en esa mirada una palabra interior, preparándolo para que aceptara el llamamiento que le iba a hacer:

«Ahora te pido que estés en orden con relación a Dios, amándolo con un corazón puro, libre de apegos»

«¿Estás en orden en la convivencia con los demás? ¡Óptimo! Ahora te pido que hagas lo mismo en relación con Dios, amándolo con un corazón puro, libre de apegos».

Un rechazo a la sabiduría

^{21b} ...y le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el Cielo, y luego ven y sígueme».

Es poco probable que alguien tan joven hubiera adquirido fortuna por su propio esfuerzo, pues esto exige décadas de trabajo, y menos aún que se hubiera enriquecido por un premio aleatorio, como a veces le sucede a alguien a través de las loterías modernas. Sin duda, sus amplias posesiones correspondían a una herencia acumulada por sus antepasados, administrada con

*El problema
no está
en disponer
de mucho
o poco dinero,
sino en
el apego a él
que anida
en el corazón*

cariño y trasferida de padres a hijos a lo largo de las generaciones. Debía ser un joven concienzudo, que disfrutaba del dinero sin malgastarlo, y habilidoso en hacer negocios y operaciones bancarias.

Ahora bien, el Señor le aconseja que se deshaga de ese peculio tan apreciado, prometiéndole a cambio «un tesoro en el Cielo». Era el momento decisivo de su existencia: en su alma contendían la avaricia, que lo prendía a las cosas de la tierra, y la sabiduría, por la cual se le abriría la posibilidad de participar, ya en esta vida, de los bienes celestiales. Si atendiera a la orientación del divino Maestro, sería apto para seguirlo, tal vez convirtiéndose en el decimotercer apóstol, como ya tuvimos la oportunidad de comentarlo en otra ocasión.¹

Para ser fiel en ese momento, el joven rico necesitaba darse cuenta de su propia flaqueza, reconociéndose incapaz de aquel acto de generosidad y de la práctica estable de cualquier otra virtud. No obstante, cegado por la avaricia, le faltó también la humildad, por la cual, con una simple oración, habría obtenido las fuerzas necesarias para dar ese paso tan importante.

*El joven rico se llevó
una decepción consigo mismo*

²² A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico.



La avaricia, por Gillis van Tilborgh - Museo de la Cour D'Or, Metz (Francia)

El análisis de este versículo nos da pie a que resolvamos un error muy frecuente en nuestros días, según el cual se considera la riqueza una condición mala en sí misma. La historia de Job, entre muchos ejemplos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, nos enseña algo diferente. Los tormentos sufridos por este santo varón fueron ampliamente recompensados por el Señor, cuando le restableció de nuevo su primer estado y le duplicó todo lo que antes poseía (cf. Job 42, 10). El problema no está en disponer de mucho o poco dinero, sino en el apego a él que anida en el corazón, ocupando el sitio destinado a Dios y a lo sobrenatural.

Así entendemos mejor por qué ese joven salió de la presencia de Jesús «triste»: él, que se imaginaba libre de deuda con la Ley, se llevó una decepción consigo mismo al percibir que no practicaba a la perfección el principal y primero de los mandamientos, pues amaba a la riqueza más que a Dios. A pesar de preservado en materia moral, hasta el punto de causar contento en el Salvador, era orgulloso; por eso, al ser llamado a dar un paso mayor, no quiso apoyarse en Dios, sino en sí mismo, y resbaló, poniendo en riesgo su salvación eterna.

*Formativo ejemplo para los
discípulos*

²³ Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: «¡Qué difícil les será entrar en el Reino de Dios a los que tienen riquezas!». ²⁴ Los discípulos quedaron sorprendidos de estas palabras. Pero Jesús añadió: «Hijos, ¡qué difícil es entrar en el Reino de Dios! ²⁵ Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el Reino de Dios».

Sin duda, el desenlace de aquella breve escena les chocó profundamente a los discípulos. El repentino modo mediante el cual el joven se acerca al Maestro, la deferencia manifestada al hablar con Él de rodillas y el corto diálogo entre ambos despertaron el interés de los presentes, en espe-

cial de los que, como el joven rico, habían oído aquel sublime llamamiento: «¡Sígueme!».

San Mateo, por ejemplo, había abandonado la recaudación de impuestos, cargo bastante rentable en esa época, y se encontraba lleno de felicidad, satisfecho por pertenecer al Colegio Apostólico y convivir con Jesús. Se le hacía incomprensible la actitud de aquel joven, que se retiró cabizbajo y amargado tras recibir tan extraordinaria invitación.

El divino Maestro aprovechó la situación para formar a los suyos, señalando la peor consecuencia del aprecio desordenado al dinero: el cerrarse a la gracia, sin el auxilio de la cual nadie puede entrar en el Reino de Dios. Quien se apega al tesoro de la tierra, corre el riesgo de perder el del Cielo.

Es notable la importancia que Nuestro Señor le atribuye a este asunto, pues repite esa advertencia en los versículos siguientes. Se trataba de una enseñanza útil para la vida de la Santa Iglesia, la cual se desarrollaría como un grano de mostaza arrojado al suelo y tomaría cuerpo, dando origen a situaciones en las cuales los discípulos y también sus sucesores se sentirían tentados a acumular peculio. Con estas palabras el divino Fundador sellaba para siempre la ley del desprendimiento que debe regir la conducta de sus hijos al lidiar con el dinero.

²⁶ Ellos se espantaron y comentaban: «Entonces, ¿quién puede salvarse?». ²⁷ Jesús se les quedó mirando y les dijo: «Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo».

El Reino de los Cielos es un bien superior a la naturaleza humana y jamás lo conquistaremos si contamos solamente con nuestros esfuerzos. No obstante, esa meta imposible de ser alcanzada se vuelve viable para los pobres de espíritu, es decir, para todos los que saben juntar las manos para rezar, especialmente si, haciendo pasar entre los dedos las cuentas de un rosario, suplican la protección de la Santísima Virgen. Como enseña San Alfonso María de Liguorio: el que reza se salva, el que no reza se condena.²



Jesús predica a la multitud
Iglesia de Santa Marta, Florida (EE. UU.)

El Reino de los Cielos es un bien superior a la naturaleza humana y jamás lo conquistaremos si contamos solamente con nuestros esfuerzos

Cuando Dios nos pide algo, quiere darnos cien veces más

²⁸ Pedro se puso a decirle: «Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido».

Dotado de un temperamento expansivo, incapaz de permanecer con labios cerrados por mucho tiempo, San Pedro interviene a su manera habitual, como portavoz de los Apóstoles. El texto de San Mateo es más completo y registra también la pregunta con la cual Pedro concluye el aparte: «¿Qué nos va a tocar?» (19, 27).

Naturalmente, los Doce estaban planteándose el problema: «Aquel joven salió deprimido,

*Esta liturgia
nos coloca
ante una
bifurcación
en la vida
espiritual: a
un lado está
el tesoro de la
tierra; al otro,
el del Cielo*

frustrado, con la conciencia atormentada, porque no quiso cumplir su vocación... Y a nosotros, que hemos sido dóciles a la invitación del Maestro, ¿qué nos va a pasar?».

Las palabras de Pedro, aunque reveladoras de una mentalidad naturalista y utilitaria, aún no transformada por la venida del Espíritu Santo, dieron ocasión a que el Señor mostrara cuánto vale la pena, incluso en lo que cabe al bienestar en este mundo, abandonarlo todo para atender a un llamamiento de Dios.

²⁹ Jesús dijo: «En verdad os digo que no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, ³⁰ que no reciba ahora, en este tiempo, cien veces más —casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones— y en la edad futura, vida eterna».

Cuando Dios nos pide algo, su deseo es el darnos cien veces más. La historia del propio San Pedro lo ilustra de manera emocionante: dejó a sus familiares, las redes y todas sus pertenencias y recibió el primado de la Iglesia. ¡Cuánta maravilla resultó de su entrega! E incluso al morir, crucificado bocabajo, el primer Papa vio realizada en sí la sentencia del Señor, que le había prometido el céntuplo ya en esta tierra, «con persecuciones».

El que lo abandona todo por amor a Dios se convierte en piedra de escándalo con relación a los infelices que se aferran a las criaturas, dominados por las pasiones egoístas. Estos odian a aquellos, pues les atormentan la conciencia y tarde o temprano querrán vengarse, promoviendo persecuciones. Sin embargo, por muy violentas que sean, en nada sacudirán la felicidad de los que optaron por la sabiduría, prefiriendo fijar sus corazones en el tesoro del Cielo.

III – Y NOSOTROS, ¿QUÉ TESORO ELEGIREMOS?

La liturgia de hoy nos coloca ante una bifurcación, un *divortium aquarum* en la vida espiritual: a la izquierda está el tesoro de la tierra; a la derecha, el del Cielo. El joven rico quería unir los dos y llegar a la bienaventuranza cargando todos sus apegos. No obstante, tal posibilidad no existe para quien está llamado a imitar a Nuestro Señor Jesucristo, como exige la vocación de la totalidad de los bautizados.

Recordemos que Él no les pide a todos el desposeimiento de los bienes materiales, sino el del corazón. Los hermanos Lázaro, Marta y María, fieles discípulos de Jesús y miembros de una de las familias más adineradas de Israel, nunca recibieron de Él la indicación de renunciar a sus propiedades. Utilizándolas con sabiduría, pudieron no sólo proporcionarles confort



al Hombre Dios, sino también manifestarle su cariño y veneración.

Así pues, el examen de conciencia que nos toca este domingo no se cifra en un problema económico o caritativo, como podrían sugerir las palabras del Señor aconsejándole al joven rico a que se lo diera todo a los pobres, sino en una cuestión más profunda: ¿no tendré alguna riqueza escondida en el corazón?

Reza el conocido adagio: «*Bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu*» – el bien procede de una causa íntegra; el mal, de cualquier defecto». Si mi corazón ama a Dios sobre todas las cosas, en él habita el bien, la gracia, la sabiduría; si, por el contrario, alimento algún apego, sea al dinero, sea a una amistad o incluso a un objeto simple como un bolígrafo, no tendré fuerzas para mantenerme en la virtud y los desastres vendrán como consecuencia.

Crecamos en la esperanza de adquirir el tesoro

del Cielo, herencia incorruptible, que no tiene mancha ni se marchita (cf. 1 Pe 1, 4), cuyo ápice se encuentra en la convivencia con la Santísima Trinidad, con nuestros hermanos celestiales y, de manera muy especial, con Nuestra Señora. Ella, que es la Madre de Misericordia, a través de esta liturgia nos dice en el fondo del alma:

«Hijo mío, ¿a qué tesoro has entregado tu corazón? Por peor que haya sido tu elección hasta aquí, estoy dispuesta a ayudarte a abrazar el camino de la sabiduría, junto a la cual “todo el oro del mundo es un poco de arena” (Sab 7, 9). Esa es la riqueza que te traerá la verdadera felicidad y, conforme la promesa de mi Hijo, multiplicará incluso tus bienes temporales. ¡Pídemelo! Rézame con seriedad, confianza y humildad, con la seguridad de que el reconocimiento de las propias miserias abre los torrentes de amor de mi Sapiencial e Inmaculado Corazón». ✧

¹ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. ¿El décimo tercer apóstol? In: *Heraldos del Evangelio*. Madrid. Año VII. N.º 75 (oct, 2009); pp. 10-17; *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano-Lima: LEV; *Heraldos del Evangelio*, 2014, v. IV, pp. 418-433.

² Cf. SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. *A oração, o grande meio para alcançarmos de Deus a salvação e todas as graças que desejamos*. Aparecida: Santuário, 1987, p. 42.

Los bienaventurados, detalle de «El Juicio final», por Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia). Arriba, Nuestra Señora Sede de la Sabiduría - Casa Bela Vista, Mairiporã (Brasil)

«Hijo mío,
¿a qué tesoro
has entregado
tu corazón?
Por peor que
haya sido tu
elección hasta
aquí, estoy
dispuesta a
ayudarte a
abrazar el
camino de la
sabiduría»



Timothy Ring



Reproducci

La espiritualidad eucarística

De entre los elementos que componen la espiritualidad eucarística, destacan la caridad, el culto a Jesús Sacramentado y la belleza de la liturgia, la cual no constituye un adorno, sino que pertenece a la esencia de la celebración de la Eucaristía.

Mons. Benedito Beni dos Santos

Obispo emérito de Lorena



Antes que nada, quiero saludar a Mons. Raymundo Damasceno Assis. Fuimos compañeros en Roma y siempre hemos cultivado la amistad y la colaboración. No me ha invitado él a dar esta conferencia, isino que me intimó a ello! Y he venido con mucha alegría. También saludo a los hermanos obispos aquí presentes y a Mons. Antonio Luiz Catelan Ferreira, gran teólogo, que fue alumno mío en la Facultad de Teología de São Paulo.

En este momento quiero saludar igualmente a Mons. João Scognamiglio Clá Dias, fundador de los Heraldos del Evangelio, que continúa, con su vida de santidad y oración, sustentando esta gran organización de la Iglesia y gloria de la Iglesia.

Entremos entonces en el tema de nuestra reflexión: la espiritualidad eucarística.

La Eucaristía, gran evento salvífico

Justo después de la consagración del pan y del vino, el sacerdote exclama:

«Este es el misterio de la fe». De acuerdo con el Papa San Juan Pablo II, en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, y el Papa Benedicto XVI, en la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, no se trata de una simple exclamación sino de una proclamación llena de admiración, de arrobamiento, casi un éxtasis. Tal admiración, en realidad, es un eco de aquel que los Apóstoles sintieron en la Última Cena, cuando oyeron de Cristo el mandato: «Haced esto en memoria mía» (1 Cor 11, 24). Jamás habrían tenido la audacia de repetir esas solemnes palabras de Jesús al instituir la Eucaristía si no hubieran recibido esa orden. [...]

«Este es el misterio de la fe». Misterio es un evento salvífico revelado por el propio Dios. Y la Eucaristía, como memorial del sacrificio redentor del Calvario, es el mayor misterio, el mayor evento salvífico revelado por Dios. Ella nos recuerda que la fe no consiste, ante todo, en la adhesión

a una doctrina, sino la acogida de un evento salvífico. [...]

La Historia de la salvación se desarrolla en el espacio y en el tiempo. Comenzó justo después del pecado cometido en los orígenes de la humanidad, cuando Dios le dijo a la serpiente, imagen del demonio: «Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza» (Gén 3, 15); llegó al centro en la «plenitud del tiempo» (Gál 4, 4), como enseña San Pablo, en el momento de la Encarnación, en donde el Hijo de Dios se hizo hombre; y tendrá un final: el regreso glorioso de Cristo para, a continuación, entregar al Padre la humanidad por Él redimida en la cruz y resucitada.

No obstante, tras la Ascensión del Señor al Cielo, la Historia de la salvación prosigue de forma sacramental. Y el sacramento principal es la Eucaristía, que Santo Tomás de Aquino denomina «*tantum ergo sacramentum*», gran misterio, gran evento salvífico. [...]

El acto principal de la fundación de la Iglesia

Me gustaría recordar el título de la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* —La Iglesia vive de la Eucaristía—, con el cual San Juan Pablo II muestra que la institución de la Eucaristía fue el acto principal de la fundación de la Iglesia.

Hubo diversos actos fundacionales de la Iglesia. Basta recordar la convocatoria de los doce Apóstoles. El pueblo de Israel, antiguo pueblo de Dios, estaba formado por doce tribus, descendientes de los doce hijos del patriarca Jacob. Al convocar doce Apóstoles, Cristo mostró que estaba fundando el nuevo Israel, el nuevo pueblo de Dios. Por eso el número doce se volvió sagrado. Debido a la muerte de Judas, la primera actitud que los Apóstoles adoptaron tras la Ascensión fue restablecer el número doce en el Colegio Apostólico, con la elección de Matías.

Podemos decir que también fue un acto fundacional de la Iglesia la institución de la Oración dominical, el padrenuestro, que Cristo transmitió a sus discípulos. En aquel tiempo, cada grupo religioso de Israel —el de los fariseos, el de los saduceos, el de Juan Bautista— tenía su oración propia. Un dato interesante: era la oración la que daba integridad al grupo. Así, al transmitir a la comunidad de sus discípulos una oración propia, Jesús hizo que ella tuviera una identidad frente a los otros grupos religiosos de Israel.

Sin embargo, el acto principal de la fundación de la Iglesia fue la institución de la Eucaristía, en que el cordero pascual fue sustituido por el cuerpo de Cristo y el cáliz de la Antigua Alianza, por el de la Nueva Alianza. Al igual que Israel se convirtió en el pueblo de Dios a partir de la alianza en el Sinaí, Cristo, al realizar la Nueva Alianza por la institución de la Eucaristía, fundó el Nuevo Israel, que es la Iglesia.

Ecclesia de Eucharistia significa que la Iglesia hace, celebra la Eucaristía; es el acto principal que realiza, a través de sus ministros ordenados. Pero significa también que la Eucaristía ilumina toda la vida de la Iglesia: la catequesis, la moral, la misión, y así en adelante. [...]

En la celebración de la Eucaristía la Iglesia se convierte, en plenitud, en el cuerpo de Cristo

La comunión eclesial no es un esfuerzo voluntario de nuestra parte. Es ante todo comunión en la gracia, comunión de los santos —de aquellos que fueron santificados en el Bautismo—, comunión con Cristo. Por eso San Pablo muestra claramente que la Iglesia se convierte, en plenitud, en el cuerpo de Cristo durante la celebración de la Eucaristía.

En cierto modo, defiende la siguiente tesis. Cuando como un pedazo de pan, éste se transforma en mi cuerpo; cuando bebo una copa de vino, se transforma en mi sangre. Luego comer y beber son actos de comunión (cf. 1 Cor 10, 16-17).

A partir de ahí, Pablo saca algunas consecuencias: los que comen la carne ofrecida en sacrificio —se refiere al culto judío— entran en comunión con el altar, con lo sagrado; los que comen la carne ofrecida a los ídolos entran en comunión con los demonios, porque los ídolos son obras de los demonios; y los que se alimentan de la Eucaristía entran en comunión con el cuerpo del Señor. Entonces, en la celebración de la Eucaristía es la Iglesia la que se convierte, en plenitud, en el cuerpo de Cristo. La Eucaristía expresa la identidad de la Iglesia y todas las veces que la Iglesia la celebra, crece en la comunión. [...]

Centro de la vida cristiana

Vamos ahora a la espiritualidad eucarística, tema de esta nuestra reflexión. [...] La espiritualidad consiste en vivir en relación con Dios, vivir

en comunión con Dios. Ahora bien, no hay en este mundo modo más pleno de comunión con Dios que la Eucaristía. Ella es el centro de la vida cristiana; y la piedad eucarística es la espiritualidad cristiana. Por eso cualquier otra espiritualidad necesita estar articulada con la Eucaristía, pues, de lo contrario, no será verdadera.

De esta premisa, quiero mostrar algunas consecuencias.

En primer lugar, un componente de la espiritualidad eucarística es nuestra vida transformada en culto



La Última Cena - Iglesia de San Rafael, Springfield (EE. UU.). En la página anterior, Misa solemne presidida por Mons. Beni en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil), el 27/12/2017

No hay medio más pleno de vivir en comunión con Dios que a través de la Eucaristía. Ella es el centro de la vida cristiana

agradable a Dios. San Pablo afirma en la Carta a los romanos: «Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual» (12, 1). Para Pablo el cuerpo significa todo el ser humano, incluso en su visibilidad. Y para designar el culto habla de liturgia: «Hermanos, os pido que ofrezcáis vuestro cuerpo como una liturgia agradable a Dios». Entonces, la vida de quien tiene espiritualidad eucarística se convierte en esta liturgia agradable a Dios.

Sacramento de la caridad

Otro componente de la espiritualidad eucarística es la caridad. Podemos decir que la Eucaristía es el sacramento de la caridad, el sacramento del nuevo mandamiento: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros» (Jn 13, 34). No se trata solamente de amar al prójimo como a uno mismo, sino de ir más allá: amar al prójimo como Cristo, a la manera de Cristo.

San Agustín¹ afirma que quien vive el mandamiento nuevo del amor se convierte en una nueva criatura. Este mandamiento nuevo es tan importante que los cristianos de la era apostólica inventaron un término técnico para designarlo: *ágape*, que lo traducimos por *caridad*.

La caridad es, ante todo, un amor crucificado, capaz de sufrir y morir por el prójimo, como hizo Jesús. La caridad es un amor de donación. No consiste únicamente en donar algo al prójimo —alimentos, por ejemplo—, sino en donarse a sí mismo, gastar cada día un poco de su vida para que el otro tenga más vida. La caridad es un amor lleno de esperanza. Para el que tiene caridad, nadie es irrecuperable, nadie está definitivamente perdido; una persona puede convertirse en una nueva criatura incluso en el momento de la muerte. Y, finalmen-



Leandro Souza



Juan T. Tena

te, la caridad es el amor que todo lo perdona.

¿Qué significa perdonar? Perdonar no es sólo olvidar la culpa o ser indiferente a ella, sino curar la llaga de la culpa. Toda culpa constituye una llaga abierta en la verdad y en el amor. Toda culpa ofende a Dios, porque Dios es la Verdad, Dios es el Amor. Ahora bien, por el amor de caridad, en el que unimos nuestro perdón al perdón de Cristo, la llaga de la culpa queda curada. [...]

La devoción más agradable a Dios y más útil para nosotros

Un componente más de la espiritualidad eucarística es, lo podemos decir, el culto a la Eucaristía. La presencia real de Cristo continúa en las especies del pan y del vino incluso después de la Misa; y de ahí surge el culto a la Eucaristía, expresado en las diversas formas de adoración.

Afirma San Alfonso de Liguorio: «De todas las devociones, la de adorar a Jesús Sacramentado es la primera después de los sacramentos, la más agradable a Dios y la más útil para nosotros».² La adoración a la Eucaristía se realiza en las horas san-

tas, en las bendiciones del Santísimo Sacramento, en la adoración perpetua, en las procesiones eucarísticas, en las visitas a Jesús Sacramentado. Mi madre lo visitaba todos los días.

San Agustín ya lo había escrito en su tiempo: nadie se acerque a la Eucaristía sin haberla adorado antes.³ Así pues, la adoración a la Eucaristía nos lleva a participar profundamente en la Celebración eucarística.

La belleza de la liturgia no es un mero elemento decorativo

Otro componente de la espiritualidad eucarística es la belleza de la liturgia. Y el Papa Benedicto XVI⁴ afirma que la belleza de la liturgia no es un adorno, sino que pertenece a la esencia de la liturgia, sobre todo la liturgia eucarística.

Fíjense bien, conforme muestra San Lucas, la Eucaristía fue instituida por voluntad de Jesús en una habitación del piso superior de la casa, amueblada con divanes (cf. Lc 22, 12). ¡Un salón bonito! A principios del siglo III, los cristianos comenzaron a edificar templos bellos desde el punto de vista arquitectónico. ¿Por qué? Porque allí se celebraba la Eucaristía.



Debe ser bella, por el estado de gracia, no sólo el alma de los que participan en la Eucaristía, sino también el templo donde se celebra.

La belleza pertenece, por tanto, a la celebración de la Eucaristía. Y es por eso por lo que no se puede alterar nada en la celebración de la Eucaristía. Nadie es dueño de la Eucaristía, es patrimonio de la Iglesia. Y la Iglesia, cuando quiere hacer algún cambio pequeñísimo en la liturgia, toma mucho cuidado y primero ve si esa modificación está de acuerdo con la Tradición cristiana y con la doctrina del magisterio. [...]

Los Heraldos evangelizan, sobre todo, a través de la belleza de la santidad

Quiero concluir mi exposición refiriéndome ahora al tema de este simposio: el carisma de los Heraldos. Este carisma está expresado en el propio nombre de la institución: Heraldos del Evangelio. ¡Proclamadores! Personas que proclaman en alta voz el Evangelio, con convicción. En el caso de los Heraldos, no obstante, ese anuncio tiene un pormenor significativo: evangelizan por la *vía pul-*

chritudinis, como decía San Agustín, por la vía de la belleza.

Los Heraldos evangelizan a través de la belleza de la liturgia, que ellos cultivan. Evangelizan a través de la belleza de la música, sobre todo del canto gregoriano. Este es el canto litúrgico por excelencia, el canto que nos eleva a Dios por sus melodías. ¡Y cómo cantan! Los Heraldos evangelizan también a través de la belleza de sus templos. No son templos ricos, sino templos bellos.

Pero yo diría que los Heraldos evangelizan, principalmente, a través de la belleza de la santidad. Cuidan de la santidad con mucho cariño; y la santidad es bella. La belleza de Dios, infinitamente alejado de todo mal y todo pecado, está, ante todo, en su santidad. Entonces, es a través de la belleza de la santidad de vida que los Heraldos evangelizan. Por eso son un patrimonio que la Iglesia debe cuidar con mucho celo y también debe amar. ✧

*Fragmentos de la conferencia impartida en el «Seminario sobre el carisma de los Heraldos del Evangelio», el 4/8/2021, en São Paulo.
Si hubiera alguna imprecisión en la exposición se debe al lenguaje hablado.*

De izquierda a derecha: capilla de la Casa Lumen Maris, Ubatuba (Brasil); iglesia de Nuestra Señora de Fátima, Tocancipá (Colombia); capilla de adoración perpetua de la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil); basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, Cotia (Brasil)

Si el alma de los que participan en la Eucaristía debe ser bella por el estado de gracia, también debe serlo el templo donde se celebra

¹ Cf. SAN AGUSTÍN. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*. Tratado LXV, n.º 1.

² SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. Visite al Santísimo Sacramento ed a Maria Santissima. Introduzione. In: *Opere ascetiche*. Roma: CSSR, 1939, v. IV, p. 295.

³ Cf. SAN AGUSTÍN. *Comentarios a los Salmos*. Salmo XCVIII, n.º 9.

⁴ Cf. BENEDICTO XVI. *Sacramentum caritatis*, n.º 35.

Arma eficaz contra los enemigos de Dios

De entre los medios a nuestro alcance para hacer frente a la crisis del mundo contemporáneo, el Rosario se destaca por su fuerza para impetrar la intervención de Dios en los acontecimientos.



João Luis Ribeiro Matos

Para muchos, quizá el Rosario sea uno de los asuntos sobre los que ya no hay nada más que decir.

Se trata de una oración magnífica, es innegable. Sin embargo, ¿qué rincón habrá en ese esplendoroso palacio aún no minucio-

samente explorado, cartografiado y catalogado por la cohorte de santos y teólogos que, hasta el presente, se han aventurado a entrar en él? ¿Qué podría motivarle a alguien el escribir unas cuantas páginas sobre este tema si están destinadas a perderse en medio de los miles —millones, tal vez— que le precedieron?

Aunque esas indagaciones tengan algo de verdadero, no expresan la realidad completa. Jesús compara a un escriba que se hace discípulo del Reino de Dios con un padre de familia que va sacando de su tesoro co-

sas nuevas y viejas (cf. Mt 13, 52). De manera análoga, todo lo que la Santa Iglesia ha engendrado a lo largo de los siglos posee siempre una aplicación para el presente, la cual les cabe a los católicos manifestarla.

En este sentido, el Rosario es extremadamente actual y no parece difícil demostrarlo. No obstante, para darle el debido valor a las «cosas nuevas» de dicho tesoro, será necesario contemplar antes los quilates de algunas joyas de venerable antigüedad que lo componen.

La excelencia del Santo Rosario según los Papas

¿Conocemos, de hecho, el enorme poder de esa oración aparentemente tan simple, tan sencilla, tan accesible, tan difundida por la devoción popular?

Sin duda, recurrir al magisterio pontificio nos servirá de fundamento para tener una firme idea al respecto.

Los Papas la calificaron de «oración perfecta»,¹ «compendio de la doctrina evangélica»,² «noble distintivo de la piedad cristiana»,³ «dulce cadena que nos liga con Dios, vínculo de amor que nos une

*Otro elemento,
quizá aún más
sublime que los
precedentes,
también justifica
la grandeza del
Rosario: su origen*

La Virgen revela la devoción del Rosario a Santo Domingo de Guzmán - Parroquia de Riquewihr (Francia)



a los ángeles, torre de salvación en los asaltos del infierno»,⁴ «garantía cierta del poder divino, apoyo y defensa de nuestra esperada salvación».⁵

El Rosario «despierta en el ánimo de quien reza una suave confianza»,⁶ reanima la fe católica, hace revivir la esperanza e inflama la caridad, conserva la castidad e integridad de vida.⁷ En suma, es «la gran defensa contra las herejías y los vicios»⁸ y «el camino para alcanzar la virtud».⁹

Los teólogos le conceden la primacía

Pero si los abrumadores elogios de los Papas no bastaran para convencernos de que el Rosario constituye la oración «más hermosa, más rica en gracias y gratísima al corazón de María»,¹⁰ podemos recurrir también a los doctores. Hay una razón teológica de gran belleza que justifica la elevada posición que ocupa esta plegaria con relación a las demás.

Grosso modo, las formas de oración se dividen en dos bloques: la vocal y la mental. Si empleamos una analogía con el ser humano, diríamos que la primera está para la segunda más o menos como el cuerpo lo está para el alma. En la oración vocal, las palabras que utilizamos para dirigirnos a Dios —sean sacadas de un misal o de un breviario, en el caso de una oración oficial, o incluso de un libro, una estampita o cualquier otra fuente— componen el elemento «material» de la plegaria, con el cual se estimula la oración mental. Esta última, por su parte, es propiamente la elevación de la mente a Dios, es decir, se produce cuando el hombre emplea su inteligencia y su corazón para contemplar y amar las realidades celestiales, con el auxilio de la gracia.



*El Rosario es
«la gran defensa
contra las herejías
y los vicios»
y «el camino
para alcanzar
la virtud»*

Ahora bien, entre las oraciones vocales, ¿cuál habrá más excelsa que el padrenuestro, compuesto por el propio Hombre Dios (cf. Mt 6, 9-13), la salutación angélica (cf. Lc 1, 28.42) y el gloria al Padre, en honor a la Santísima Trinidad? Y en el campo de la oración mental, ¿qué tema más sublime hallaremos para meditar que no sean los misterios de la Vida, Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, contemplados a lo largo del Rosario?

Por lo tanto, conforme resume el renombrado teólogo fray Antonio Royo Marín, OP, esta oración «encierra las ventajas de la oración mental y de la vocal en el grado objetivamente más perfecto posible».¹¹

Un gran misterio de la Historia

Otro elemento —quizá aún más sublime que los precedentes— también

justifica la grandeza del Rosario: su origen. No yerran los que creen que esta devoción ha bajado del Cielo y ha sido entregada a los hombres personalmente por la Santísima Virgen. Sin embargo, hay controversias sobre si fue o no revelada a Santo Domingo.

La Historia, siempre sujeta a los documentos que sobrevivieron al tiempo, se limita a decir

que, en lo que respecta al origen del Rosario, existe un gran misterio. No hay registros del siglo XIII que certifiquen que haya sido Santo Domingo el iniciador de esta devoción, dado que aparece en la pluma de los Papas y de los escritores únicamente a partir del siglo XV. Los precedió tan sólo la piedad católica, la cual, por cierto, siempre antecede de algún modo la proclamación oficial de las más bellas verdades de la mariología.

De hecho, mucho tiempo antes del nacimiento del santo predicador ya existía una piadosa costumbre de rezar ciento cincuenta veces la avemaría en sustitución de los salmos de David, los cuales se rezaban en los primeros tiempos de la Iglesia; eso hizo que la oración se conociera como *El Salterio de María*.¹² Solamente en el siglo XIII —época en que Santo Domingo desarrolló su apostolado— esta práctica se difundió por toda la cristiandad, cuyos principales divulgadores fueron precisamente los dominicos. ¿Mera coincidencia? Nuevamente, un misterio...

La única fuente capaz de proporcionarnos algún dato al respecto —menos a fin con los espíritus incrédulos— es la voz de la mística, la cual, sobre todo en la persona del Beato Alano de la Roche, presenta una narración toda ella hecha de espíritu maravilloso. ¿Será enteramente verídica? La incógnita sigue y tal vez permanezca hasta el fin de los tiempos... No obstante, lo cierto es

que el relato del religioso dominico es de tal manera acorde con la vocación profética de Santo Domingo que si en él hay algo incongruente con la realidad, somos llevados a pensar que, probablemente, los acontecimientos hayan ocurrido de un modo aún más sublime.¹³

Narración del Beato Alano de la Roche

Mucho empeño había puesto Santo Domingo de Guzmán en su intento de convertir a los herejes albigenses, que terriblemente venían devastando Europa desde el siglo XII, sobre todo en la región de Languedoc, al sur de Francia. Sin embargo, su dedicación no había conseguido muchos frutos, pues día a día iba creciendo el número de los que adherían a la secta cátara.

Desolado, el fiel devoto de María se retiró a un bosque cerca de Toulouse, a fin de rogar a los Cielos que pusiera término a esa calamidad. Después de tres días de ayunos y sacrificios, ya no le quedan fuerzas y desfallece.

En el momento en el que su físico alcanza el extremo límite de sí mismo es cuando María Santísima se acerca, envuelta en una intensa luz, y le pregunta:

—¿Sabes, mi querido Domingo, de qué arma se vale la Trinidad Santísima para reformar el mundo?

—Vos lo sabéis mejor que yo — le responde, maravillado, Santo Domingo.



Santo Domingo de Guzmán - Convento Sancti Spiritus, Toro (España)

María Santísima le preguntó: «¿Sabes, mi querido Domingo, de qué arma se vale la Trinidad Santísima para reformar el mundo?»

—Pues sabe que la principal pieza de combate es la salutación angélica, que es el fundamento del Nuevo Testamento. Si quieres ganar para Dios esos corazones endurecidos, reza mi salterio.

Tras estas palabras, comienza de repente una furiosa tormenta. Rayos, truenos, una lluvia torrencial y temblores de tierra. Llevados por el miedo, los habitantes de la ciudad se refugian en la catedral, al son de las campanas que milagrosamente repican solas.

La tempestad dura bastante tiempo y únicamente para con las oraciones de Santo Domingo, el cual ya se encuentra en la catedral, delante de todos. Consolado por el auxilio de la Reina de los ángeles, les anuncia entonces el Santo Rosario. Casi toda la población de Toulouse lo acepta y abandona sus malas costumbres.¹⁴

Así, en medio de milagros estupendos habría surgido esta devoción, dádiva traída desde el Cielo, para beneficio de los hombres, por la propia Virgen María.

El Rosario en momento de crisis

Prometimos, al comienzo, tratar sobre la actualidad del Rosario.

Este año se alinean tres grandes conmemoraciones, todas ellas relacionadas con dicha devoción. En primer lugar, se cumplen ochocientos cincuenta años del nacimiento de Santo Domingo y ochocientos de su muerte.¹⁵ Además, en el mes en cur-

¹ BENEDICTO XV. Carta «*Di altissimo pregio*», 18/9/1915.

² LEÓN XIII. *Amantissimæ voluntatis*.

³ LEÓN XIII. *Supremi apostolatus*.

⁴ PÍO XI. *Breve apostólico*, 20/7/1925.

⁵ PÍO XII. Carta «*Philippinas insulas*», 31/7/1946.

⁶ LEÓN XIII. *Iucunda semper*.

⁷ Cf. PÍO XI. *Ingravescentibus malis*.

⁸ BENEDICTO XV. Carta «*In coetu sodalium*», 29/10/1916.

⁹ PÍO XI. *Breve apostólico*, 20/7/1925.

¹⁰ PÍO IX. Carta «*Pium sane*», 24/3/1877.

¹¹ ROYO MARÍN, OP, Antonio. *La Virgen María. Teología y espiritualidad marianas*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1997, p. 467.

¹² Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. *Le secret admirable du très Saint Rosaire*. Montreal: Librarie Montfortaine, 1947, pp. 14-15.

¹³ Cf. GETINO, Luis G. Alonso. *Santo Domingo de Guzmán*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1939, pp. 172-185.

¹⁴ Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, op. cit., pp. 2-4. Este opúsculo del gran autor mariano fue alabado por San Juan Pablo II como «preciosa obra sobre el Rosario» (*Rosarium Virginis Mariæ*, n.º 8). Cabe notar también que el Beato Alano y San Luis Grignon

so se cumplen exactamente cuatrocientos cincuenta años de la batalla de Lepanto —acontecimiento clave para la historia de la cristiandad, que propició la institución de la fiesta de Nuestra Señora del Rosario.¹⁶

¿Qué importancia tiene eso para el momento presente?

Las horas llave de la historia del Rosario fueron justamente aquellas en las que la calamidad se presentaba más grande. En el período de Santo Domingo, la fe se veía amenazada por la herejía albigense y el santo se valió del Rosario para salvar la ortodoxia. En Lepanto, la estructura visible de la Iglesia y de la civilización cristiana se encontraba al borde del colapso. El Rosario de San Pío V impetró, para Don Juan de Austria, la misma victoria que los brazos de Moisés, extendidos en lo alto del monte, conquistaron para Josué ante los amalecitas (cf. Éx 17, 8-13).

Tanto en un caso como en el otro, la garantía de la victoria fue la insigne devoción.

Poderosa arma para nuestros días

Actualmente la fe y la Santa Iglesia parecen estar tan o más amenazadas que en aquellos tiempos. Sus peores enemigos ya no se sirven de argumentos claros en discusiones abiertas, ni luchan con armas de hierro o de fuego, sino que se aprovechan de la sombra para crecer, de la ambigüedad para conquistar y del relativismo para demoler.

Debemos, por tanto, echar mano de todos los medios a nuestro alcance para hacer frente a esta crisis y el Rosario, como hemos visto, puede conquistar la intervención de Dios en los acontecimientos.

De la misma forma que Santo Domingo y San Pío V se valieron de él como un «arma para derrotar a los enemigos de Dios y de la religión»,¹⁷ así también los fieles de hoy, equipados con ese mismo instrumento de guerra, conseguirán destruir fácilmente los monstruosos errores e impiedades que por todas partes se levantan.¹⁸

No es sin razón que María Santísima, en dos ocasiones —en Lourdes y en Fátima— preceptuó que todos los hombres lo rezaran. En Cova da Iria —por cierto, durante la aparición de octubre— la Virgen afirmó: «Yo soy la Señora del Rosario». Bajo esta bandera vencieron los cristianos en el pasado y bajo ella vencerán hoy y siempre. ✧

«Yo soy la Señora del Rosario».
Bajo esta bandera
vencieron los
cristianos en el pasado
y bajo ella vencerán
hoy y siempre

Nuestra Señora del Rosario de Fátima
Iglesia de Nuestra Señora de Fátima, Tocancipá
(Colombia)

fueron los principales apóstoles del Rosario en Francia, como subraya el teólogo dominicano Réginald Garrigou-Lagrange (cf. *La Madre del Salvador y nuestra vida interior*. 3.ª ed. Buenos Aires: Desclee de Brouwer, 1954, p. 266).

¹⁵ Como suele ocurrir con personajes antiguos, existe divergencia entre los autores sobre el año de nacimiento de

Santo Domingo. El dato de que hubiera nacido a finales de 1171 lo hemos sacado de la colección ECHEVERRÍA, Lamberto de; LLORCA, SJ, Bernardino; REPETTO BERTES, José Luis (Org.). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 2005, v. VIII, p. 197.

¹⁶ La celebración de Nuestra Señora del Rosario fue instituida por San Pío V en acción de

gracias por el triunfo de las armas cristianas en el golfo de Lepanto, ocurrido el 7 de octubre de 1571, mientras las cofradías de Roma celebraban procesiones del Rosario, una de ellas presidida por el propio sumo pontífice. Originalmente, sin embargo, se invocaba a María Santísima como Señora de las Victorias, lo que poco a poco se fue sustituyendo por Nuestra Señora del Rosario.

En 1716 Clemente XI extendió la conmemoración a la Iglesia universal. León XIII la introdujo en la liturgia y San Pío X la fijó definitivamente el 7 de octubre (cf. ROYO MARÍN, op. cit., p. 507).

¹⁷ PÍO XI. *Ingravescentibus malis*.

¹⁸ Cf. PÍO IX. *Egregiis*, 3/12/1856.

Obra maestra de la espiritualidad católica

La devoción al Rosario tiene enorme fuerza y sustancia. No está hecha sólo de emociones, sino que es seria y llena de pensamiento. A través de ella, la vida espiritual del católico se constituye como un sólido y esplendoroso edificio de certezas.



Plinio Corrêa de Oliveira

Para que se entienda mejor el valor de la devoción al Santo Rosario, analicémoslo con mayor profundidad.

Después de haber sido entregado directamente por Nuestra Señora a Santo Domingo de Guzmán, la devoción al Rosario se extendió rápidamente por toda la Iglesia, superando los límites de la Orden Dominicana y convirtiéndose en el distintivo de otras muchas Órdenes,

cuyos miembros empezaron a llevarlo colgado de la cintura.

Hubo un tiempo en que todo católico lo portaba habitualmente consigo, no sólo como un objeto de contar avemarías, sino como instrumento que atrae las bendiciones de Dios.

Oración que nos une íntimamente a Dios

¿Qué viene a ser el Rosario?

En síntesis, se trata de una composición de meditaciones sobre la vida de Nuestro Señor Jesucristo y de su Madre Santísima, sumada a oraciones vocales. Tal conjunción —de la oración vocal con la mental— es verdaderamente espléndida, pues mientras se pronuncia con los labios una súplica, el espíritu se concentra en un punto.

Así, el hombre hace en el orden sobrenatural todo lo que puede: a través



Daniel Letellier

El Rosario es la oración de los fuertes, la oración de los luchadores, pues posee tal eficacia que hace retroceder al mal y avanzar al bien

Sacerdotes, diáconos y laicos rezan el Santo Rosario en la Casa Lumen Prophetæ, Mairiporã (Brasil)

de sus intenciones se une a lo que sus labios pronuncian y por su mente se entrega a aquello que su espíritu medita.

Por esta forma de oración el hombre se une íntimamente a Dios, sobre todo porque tal vínculo se produce a través de María, Mediana de todas las gracias.

Alguien podría preguntar: «¿Qué sentido tiene rezarle vocalmente a la Virgen mientras se medita otra cosa? ¿No podría ser algo más sencillo? ¿No sería más fácil meditar antes y luego rezar diez avemarías?».

La respuesta es muy simple. Cada misterio contiene, en sus pormenores, elevaciones sin fin, las cuales nuestro pobre espíritu procura sondear... Ahora bien, para hacerlo con toda perfección, necesitamos ser auxiliados por la gracia de Dios y tal gracia nos es dada por el auxilio de Nuestra Señora. Es decir, se pronuncia la avemaría para pedir que la Virgen Santísima nos obtenga las gracias para meditar bien.

Devoción fuerte, seria, llena de pensamiento

En el Rosario encontramos pequeños, pero preciosos tesoros teológicos que lo convierten en una obra maestra de la espiritualidad y de la doctrina católica.

Esta devoción tiene enorme fuerza y sustancia. No está hecha únicamente de emociones; al contrario, es seria, llena de pensamiento, con razones firmes. A través de ella la vida espiritual del varón católico se constituye un sólido y esplendoroso edificio de conclusiones y certezas.

Además de eso, la meditación de los misterios de la vida de Nuestro Señor y de su Madre le proporciona al fiel la oportunidad de recibir gra-



Nuestra Señora del Rosario - Monasterio de Santo Domingo de Guzmán, Madrid

Las innumerables gracias que María Santísima distribuye por medio de esta devoción muestran que es superior a los demás actos de piedad mariana

cias propias a aquel hecho que está contemplando.

Al analizar las innumerables gracias que María Santísima viene distribuyendo por medio del rezo del Santo Rosario, vemos en él algo que lo hace superior a los demás actos de piedad mariana. Ahora bien, ¿cuál es la razón de esto?

Antes que nada, merece la pena señalar que Nuestra Señora, al ser ex-

celsa Reina, tiene el derecho de establecer sus preferencias. Y quiso elevar esa devoción por encima de las demás, distribuyendo gracias especialísimas a través del rezo del Santo Rosario.

Resolución de rezar siempre el Rosario

Un episodio ocurrido en la vida de San Alfonso María de Liguorio nos muestra que, sobre todo, en una gran lucha el Rosario es garantía de victoria.

El santo era llevado en silla de ruedas, por un hermano de hábito, a través de los pasillos del convento, cuando le preguntó si ya habían rezado todo el Rosario. Su compañero le respondió:

—No me acuerdo.

—Recémoslo entonces —le dijo San Alfonso.

—¡Pero usted está cansado! ¿Qué mal hay en dejar de rezar el Rosario solamente hoy?

—Temo por mi salvación eterna si lo dejo de rezar un solo día.

Eso es precisamente lo que debemos pensar y sentir: el Rosario es la garantía más grande de nuestra perseverancia final. Debemos pedirle a la Santísima Virgen la gracia de rezarlo todos los días de nuestra vida.

¡Nunca nos apartemos de él!

El Rosario es la oración de los fuertes, la oración de los luchadores, pues posee tal eficacia que hace retroceder al mal y avanzar al bien. Ata al fiel a Nuestra Señora y ahuyenta al demonio, el cual le tiene odio y terror.

A los que se sientan tentados, les doy esta recomendación: ¡Agarren el rosario! Pero agárrenlo físicamente, no lo suelten nunca.

Incluso al acostarse, procuren tener el rosario a mano, de manera tal que lo sientan consigo. Y si tuvieran recelo de que se pudiera caer al suelo —debemos tratarlo con toda reve-

rencia—, cuélguelo del cuello o colóquelo en el bolsillo.

«Quisiera resucitar con el rosario en mis manos»

Cuando nuestras manos ya no pudieran abrirse ni cerrarse y tuvieran que ser movidas por otros que nos asisten, tengamos, como última actitud de oración, el rosario entrelazado en nuestros dedos, de modo que, cuando llegue la resurrección de los muertos y nuestro cuerpo retome la vida, entre nuestros dedos vivificados esté el santo rosario.

Quisiera que, en el momento en que todos los justos sean convocados a la resurrección, mi primer ósculo



Belleza material y simbólica del Rosario

En mi opinión, la belleza del Rosario no se restringe solamente a las excelencias de orden espiritual que él les proporciona a las almas.

Su maravillosa eficacia impetratoria, así como el complacimento que le da a Dios y a Nuestra Señora, se exterioriza también en la forma material del rosario, rodeada de imponderables que nos hacen sentir la pulcritud de esa devoción, con algo de bello e indescriptible que me parece superiormente adecuado e insustituible.

Me acuerdo de cuando aún era alumno del Colegio San Luis, a principios de la década de 1920, y percibí que empezaba a difundirse un tipo nuevo de rosario, «más discreto», como pretendían los que lo idearon. Se trataba de un objeto parecido a ciertas máquinas calculadoras de

entonces, con dos hileras de cuentas superpuestas: unas más grandes, en las cuales se rezaban las avemarías y los padrenuestros y otras más pequeñas, que marcaban los misterios meditados.

Era un objeto pequeño, para que ocupara el mínimo de espacio en el bolsillo y se hiciera ver lo menos posible a los otros. Lo tenía todo a su favor: práctico, barato, portátil y «escondible» —lo que representaba una gran ventaja para los católicos con respeto humano. No tuvo éxito...

Nada podía sustituir al viejo rosario, el maravilloso rosario de siempre, en sus más variadas modalidades.

Rosarios pequeños, rosarios preciosos, elegantes, delicados, para niños. Rosarios modestos, rosarios de obreros, pesados y rústicos como

a menudo lo es el trabajo manual, pero rosarios fuertes, gastados por manos viriles que pasan las cuentas. Rosarios serios, rosarios varoniles, de guerreros. Rosarios de princesas, de reinas, labrados como auténticas joyas, así como los rosarios preciosos que penden de las manos de las imágenes de la Virgen.

¡Cuántas formas de rosarios! Algunas hablan de gracia, de encanto, manifiestan algo de la suavidad y de la bondad regias de María. Otras nos hacen verla como protectora de los niños; otras, como auxiliadora del hombre pobre y trabajador como lo fue su principesco esposo, San José, descendiente de David y carpintero. Otras, incluso, nos hablan de la piedad del varón guerrero, del luchador por los ideales católicos, como lo fue Santo Domingo de Guzmán, que en-

*Quisiera que, en
el momento de
la resurrección,
mi primer ósculo
fuera en el rosario
que se encontrara
en mis manos*

Mons. João Scognamiglio Clá Dias
le ofrece al Dr. Plinio un rosario
para que lo bese, durante una
ceremonia, el 11/12/1994

frentó y venció con el Rosario la he-
rejía albigense.

Por cierto, ese atributo del Rosa-
rio como verdadera arma del católi-
co toda la vida me atrajo de mane-
ra muy particular, razón por la cual
siempre me pareció que el rosario al
lado de una espada formaba un con-
junto de extrema belleza.

Estando una vez en Buenos Aires,
me invitaron a la casa de un señor
que poseía una de las más lindas co-
lecciones particulares de armas que
yo haya visto. Dispuestas primoro-
samente en vitrinas y estantes, eran
de todos los tipos, pero había, sobre
todo, diversas formas de espadas y
dagas.

Al contemplarlas, se me ocurrió
este pensamiento: «Si tuviera con-
fianza con este hombre, le recomen-
daría que constituyera una colección
de rosarios tan rica como la de espa-
das. Y que cada día, sobre una bonita
mesa dispuesta en el centro de la ha-
bitación y cubierta con un forro pres-
ticioso, renovar la espada y el rosario
en honor de una imagen de Nuestra
Señora que presidiera la colección
entera».

fuera en el rosario que se encontrara
en mis manos.

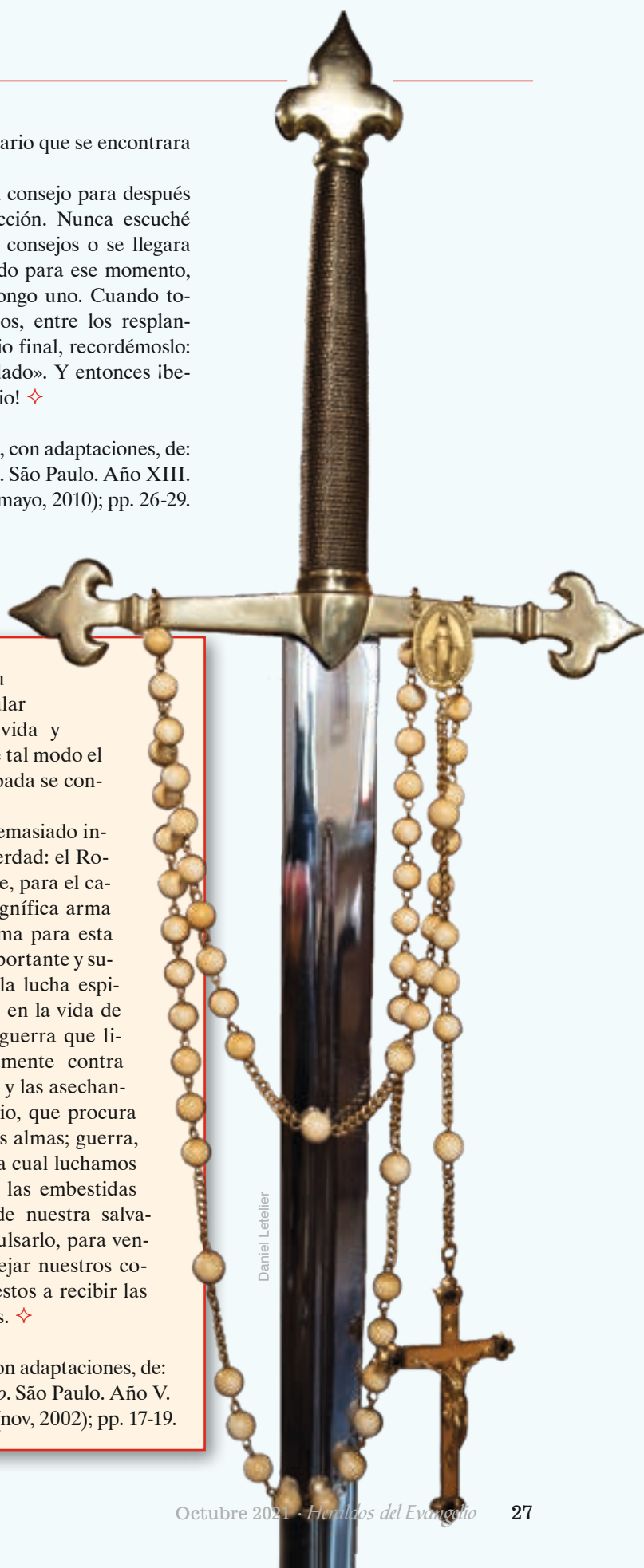
He aquí un consejo para después
de la resurrección. Nunca escuché
que se dieran consejos o se llegara
a algún acuerdo para ese momento,
pero les propongo uno. Cuando to-
dos resucitemos, entre los resplan-
dores del Juicio final, recordémoslo:
«Estaba acordado». Y entonces íbe-
semos el rosario! ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año XIII.
N.º 146 (mayo, 2010); pp. 26-29.

Creo que su
museo particular
tomaría otra vida y
otra riqueza de tal modo el
rosario y la espada se con-
jugarían bien.

Y no será demasiado in-
sistir en esta verdad: el Ro-
sario constituye, para el cató-
lico, una magnífica arma
de guerra. Arma para esta
guerra más importante y su-
perior que es la lucha espi-
ritual presente en la vida de
todo hombre; guerra que li-
bramos diariamente contra
las tentaciones y las asechan-
zas del demonio, que procura
perder nuestras almas; guerra,
por tanto, en la cual luchamos
para resistir a las embestidas
del enemigo de nuestra salva-
ción, para expulsarlo, para ven-
cerlo y para dejar nuestros co-
razones dispuestos a recibir las
gracias de Dios. ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año V.
N.º 56 (nov, 2002); pp. 17-19.



Daniel Letelier



José Luis Filipo Cabana (CC by-sa 3.0)

El clima era severo, con frecuentes nevadas, y el terreno pobre; la ausencia de caminos dificultaba la exploración de los bosques. Establecer un monasterio allí parecía una locura. Pero el ideal que movía a San Bruno no se basaba en criterios humanos...

SAN BRUNO

Padre y fundador de la Cartuja



P. Antonio Jakoš Ilija, EP

El profundo espíritu contemplativo de la Cartuja, para el cual el tiempo se mide por la eternidad, se manifestó de forma pintoresca —pero, de sí, honorífica para la Orden— cuando, en 2005, vino a público el documental de tres horas que dio la vuelta al mundo: *El gran silencio*. Su autor había hecho la petición de filmar en 1984. Con más celo por su carisma que por la propaganda, los cartujos le respondieron que necesitaban un tiempo para pensarlo. La autorización llegó dieciséis años después, con tres condiciones: enviar a un solo camarógrafo, mantener el silencio y no utilizar luces artificiales.

Este sabroso episodio refleja la fuerza sobrenatural que sustenta a la institución desde sus comienzos, confirmando lo que sobre ella comentó el Papa Inocencio XI cuando la Cartuja, seiscientos años después de su fundación, contaba con más de doscientos monasterios: «*Nunquam reformata, quia numquam deformata*».¹ O lo que, más recientemente, afirmó el Papa Pío XI: «Es cosa bien sabida que los cartujos, en el transcurso de casi nueve siglos, de tal manera han conservado el espíritu de su fundador, legislador y padre, que, al contrario de lo sucedido en otras instituciones, la Orden no ha necesitado de ninguna corrección o reforma».²

La historia de la causa primera de tal perennidad es lo que conoceremos en estas páginas: la vida de San Bruno.

Nacido en la «Roma alemana»

Su fecha de nacimiento es desconocida, al igual que la mayor parte de su vida. Se sabe con seguridad únicamente que vino al mundo entre los años 1027 y 1035. Una tradición oral indica que era natural de la ciudad de Colonia, la antigua *Colonia Claudia Ara Agrippinensis* de los romanos, y que procedía de una familia patricia, quizá Hartenfaust, la *gens Æmilia*. Su padre también se llamaba Bruno.

Años antes de su nacimiento, aquella región había sido bendecida con la presencia de un santo duque y arzobispo, fallecido en el 965: San Bruno Magno, hermano del emperador Otón I. Genio organizador, había hecho de Colonia la primera ciudad del Sacro Imperio y había favorecido la vida monástica, construyendo eremitorios y monasterios. En la infancia de nuestro Bruno, la urbe —por entonces conocida como *Santa Colonia* o *Roma alemana*— contaba con nueve colegiatas, cuatro abadías y diecinueve parroquias, sorprendente para la época e incluso para muchas metrópolis de hoy día.

Toda educación superior se llevaba a cabo en las escuelas de los monasterios, catedrales y otras iglesias, las cuales, poco después del fallecimiento

to del santo, adoptarían el nombre de *universitas*. No se sabe dónde estudió Bruno, pero es indiscutible que aprovechó muy bien las enseñanzas recibidas, pues aún adolescente continuó la carrera intelectual de modo brillante en la ciudad de Reims.

Rectitud en medio del éxito

En torno a los 15 años, Bruno se trasladó a esa ciudad para estudiar Teología y Filosofía, bajo la tutela del canónigo Herimann. Debido a los excelentes progresos, recibió la canonjía en San Cuniberto, en su Colonia natal, y en el 1057, cuando tenía entre 26 y 28 años, asumió el oficio de *magister scholarum* o *scholasticus* de la catedral de Reims, sucediendo al canónigo Herimann. El cargo lo convirtió en director de todas las escuelas bajo la jurisdicción de aquella diócesis francesa, responsabilidad que ejerció, durante casi veinte años, con tal eficacia y virtud que el Papa San Gregorio VII le concedió el honroso título de *Remensis Ecclesiae magistrum* – maestro de la Iglesia de Reims.

Entre sus alumnos se cuentan grandes celebridades de entonces, como Otón de Châtillon, canónigo de Reims y, más tarde, prior de la abadía de Cluny, que posteriormente fue elegido al trono pontificio con el nombre de Urbano II.

Alrededor de 1076, San Bruno fue nombrado canciller de la catedral por Mons. Manasses de Gournay. Y pronto se vio en medio de una situación delicada, que le permitió dar muestras de rectitud, diplomacia y sabiduría: el arzobispo practicaba la simonía y dilapidó los bienes de la diócesis, razón por la cual fue sometido a un accidentado y largo proceso canónico. Una vez fueron puestas al descubierto

sus impías acciones, San Bruno le hizo oposición, siendo uno de sus acusadores en el Concilio de Autun en 1077, en el cual el prelado fue suspendido del cargo. Finalmente, San Gregorio VII lo cesó el día 27 de diciembre de 1080.

San Bruno renunció al título de canciller, pues le había sido otorgado por el dignatario simoníaco, y rechazó el arzobispado de Reims, para el cual había sido indicado como candidato más idóneo tras la expulsión de Manasses.

La decisión de abandonar el mundo

Como canónigo secular de la catedral y miembro del cabildo de Reims,³ San Bruno desempeñaba sus deberes docentes con cierta libertad: a pesar de que tenía la obligación de participar en el Oficio rezado en la catedral, vivía en una casa propia, tenía rentas estipuladas canónicamente y disponía de criados. No obstante, fue en este tiempo cuando germinó en su alma el anhelo de dedicarse por entero al recogimiento y a la penitencia.

Visitó varios conventos y Órdenes religiosos en busca de una forma ideal de vida contemplativa, pues aún no tenía claro el llamamiento que Dios le hacía. Muy probablemente estuvo en las abadías de Saint-Thierry y de San Remigio, las cuales admiraba. Lo cierto es que guardó gran estima por los «monjes negros», los benedictinos, en cuya Regla se inspiró para organizar posteriormente la Cartuja.

Sin embargo, fue un hecho sobrenatural ocurrido fuera de los claustros lo que llevó a San Bruno a tomar la decisión de abandonar definitivamente el mundo. Así lo narra el biógrafo de los cinco primeros priores cartujos:

«En torno al año 1082 de la Encarnación del Señor, [...] un cierto doctor enfermó gravemente y en poco tiempo falleció. Siguiendo la costumbre parisina, el féretro con el cuerpo del difunto fue expuesto desde temprano en la escuela, donde se cantaría el Oficio Divino, el cual congregaba tanto a estudiantes como a doctores, con la finalidad de rendirle a tan ilustre varón las debidas honras fúnebres y darle un digno entierro.

«Cuando los reverendos señores se aproximaron a recoger el féretro para llevarlo a la iglesia, de repente, para espanto de todos, el muerto levantó la cabeza, se sentó y con voz fuerte y terrible exclamó: “Por justo juicio de Dios, he sido acusado”. Habiendo dicho esto, se tumbó y quedó inmóvil como antes.

«Al existir un acalorado debate sobre lo sucedido, fue imposible llevar a cabo la sepultura ese día, posponiéndolo para la mañana siguiente. El segundo día, habiéndose difundido la noticia, una gran muchedumbre se congregó para acompañar el féretro hasta la iglesia, pero el difunto,



Un episodio inaudito cambiaría para siempre la vida del canónigo Bruno

La conversión de San Bruno ante el cadáver de Diocrès, por Vicente Carducho - Museo del Prado, Madrid. En la página anterior, San Bruno - Capilla de la Cartuja de Sevilla (España)

como el día anterior, levantó la cabeza y con voz temblorosa y terrible exclamó: “Por justo juicio de Dios, he sido juzgado”.

«La multitud presente escuchó la frase alta y clara, quedándose más asombrada que el día anterior. Deseosos de saber el significado de tan insólito e inesperado pronunciamiento, decidieron postergar el entierro. Al tercer día, buena parte de la ciudad se congregó en el lugar; estando todo listo para llevarlo a la sepultura, nuevamente el muerto, como en los días anteriores, exclamó con un grito tristísimo: “Por justo juicio de Dios, he sido condenado”.

«Habiendo oído esto, un gran temor y temblor se apoderó de casi todos, convencidos de la condenación de aquel hombre, que en apariencia había llevado una vida honesta, ilustrada y digna y había brillado por su ciencia y sabiduría.

«Ahora bien, en medio de aquel tumulto estaba el maestro Bruno, de la nación teutónica, de la ciudad de Colonia, nacido de padres ilustres, canónigo de la Iglesia de Reims, donde daba clases de Teología, el cual, conmovido saludablemente por las palabras del condenado, comentó con algunos de sus compañeros también presentes: “¿Qué hacer, queridos míos? Todos moriremos y se salva solamente quien huye de este mundo. Si esto ocurre en el esplendor, ¿qué pasará en la aridez? Si un hombre tan digno, tan letrado se ha condenado, ¿qué no sucederá con nosotros, los más miserables entre los hombres? [...] Después de las horribles cosas que hoy hemos escuchado, no endurezcamos nuestros corazones, más bien salgamos de Babilonia, huyamos de la Pentápolis⁴ ya condenada al fuego y al azufre y, a ejemplo del bienaventurado eremita Paulo, los bienaventurados Antonio, Arsenio, Evagro y otros santos como San Juan Bautista, huyamos ha-



San Bruno anhelaba una vida eremítica pura, estrictamente aislada, con tan sólo algunos actos religiosos en común

San Bruno impone el hábito en un postulante, por Manuel Bayeu - Museo de Huesca (España)

cia las cuevas del desierto, salvémonos en los montes, para huir de la ira del Juez eterno y de su sentencia de condenación eterna. Huyamos del diluvio entrando en el arca de Noé, en la barca de Pedro, donde Cristo hace que el viento y las tempestades cesen, es decir, en la nave de la penitencia, para que de esta forma arribemos al puerto de la salvación eterna».⁵

El despuntar de la Gran Cartuja

Con estas y otras palabras San Bruno exhortó a sus compañeros, de manera que seis varones probos decidieron seguirlo, buscando la soledad para hacer penitencia y olvidando todas las riquezas, delicias y honores de la tierra.

Inicialmente, se dirigieron al monasterio benedictino de Molesme, en la antigua diócesis de Langres. El abad era por entonces San Roberto, que en 1098 fundaría la Orden del Císter. Pero San Bruno aspiraba a una vida más austera y de mayor aislamiento. Así pues, marchó con sus seis compañeros hacia el desierto de Sèche-Fontaine, a unos kilómetros de Molesme.

Tras un período que los biógrafos estiman entre uno y tres años, San Bruno se dirigió a Grenoble, cuyo obispo era un antiguo alumno suyo, San Hugo de Châteauneuf. Este le cedió la región montañosa de la Chartreuse, en el

desierto de Saint-Pierre, donde San Bruno erigió una construcción en el año 1084.

Desde el punto de vista humano, la elección del lugar parecía una locura: un área con altitud entre 780 y 1150 metros, accesible solamente por escarpados senderos. El clima era severo, con frecuentes nevadas, y el terreno, pobre. La ausencia de caminos dificultaba la exploración de los bosques; el sitio era impenetrable durante la mayor parte del año, comprometiendo la llegada de ayuda en caso de incendio o enfermeda-

des. No obstante, San Bruno se basaba en criterios divinos y no humanos y ninguna de esas dificultades lo hizo desanimarse. Por cierto, hasta en nuestros días es notable la robustez, buena salud y longevidad de los cartujos.

Anhelando una vida eremítica pura, estrictamente aislada, con tan sólo algunos actos religiosos en común, organizó su obra teniendo en vista los rigores del invierno: celdas individuales y separadas, pero comunicadas por un claustro cubierto que permitía el acceso a la iglesia, al capítulo y al refectorio. Esa primera estructura de la Cartuja sería modelo de todas las demás fundadas por el mundo a lo largo del tiempo.

El 2 de septiembre de 1085 el obispo San Hugo consagró la iglesia, dedicada a la Santísima Virgen y a San Juan Bautista.

Algunas décadas más tarde, tras una avalancha de nieve, los monjes se vieron obligados a reconstruir la Cartuja dos kilómetros más al sur, en un lugar más seguro, donde se encuentra actualmente.

Fundación de la segunda Cartuja

Tras haber esperado más de medio siglo para la realización de su sueño, San Bruno pudo disfrutar de la soledad solamente seis años. El Papa Urbano II, recordando las virtudes de su

antiguo maestro, lo convocó a Roma en nombre de la santa obediencia. Allí llegó el fundador de los cartujos en el año 1090. Al tomar conocimiento de que el Papa lo había designado para la sede episcopal de Reggio Calabria, se valió del derecho que le autorizaba rechazar tal elección, pues estaba seguro de que esa no era su vocación.

Después de pasar un año en la corte pontificia, obtuvo del pontífice el permiso para volver a la vida contemplativa, pero no en Francia: Urbano II le impuso la condición de permanecer en los límites del actual territorio italiano.

Fue así como, en 1091, San Bruno fundó un monasterio en Calabria, en Santa María de la Torre, diócesis de Squillace, donde permanecería hasta su muerte. La obra, al igual que como las fundaciones futuras, recibió el nombre de Cartuja, en recuerdo de la casa madre, y enseguida obtuvo las debidas aprobaciones y autorizaciones del Papa Urbano II.

Precioso legado espiritual

San Bruno falleció el 6 de octubre de 1101. De los casi 71 años de vida, tan sólo pasó dieciséis en su tan apreciada soledad: seis en la Cartuja francesa y diez en la italiana.

De los pocos escritos de su autoría que se conocen, destaca una carta redactada en 1099 o quizá en 1100, en la cual describe las alegrías propias a la vocación contemplativa: «Cuánta utilidad y gozo divino traen consigo la soledad y el silencio del desierto a quien los ama, sólo lo saben quienes lo han experimentado. Aquí pueden los varones esforzados recogerse en sí cuanto quieran y morar consigo, cultivar con afán las semillas de las virtudes y alimentarse felices de los frutos del Paraíso. Aquí se adquiere aquel ojo cuyo sereno mirar hiere de amor al Esposo, con el que limpio y puro se ve a Dios. Aquí se practica un ocio laborioso y se reposa en una sosegada actividad. Aquí, por el esfuerzo del combate, Dios premia a sus atle-

tas con la ansiada merced, a saber, “la paz que el mundo ignora y el gozo en el Espíritu Santo”».⁶

Aunque el legado espiritual de la Cartuja sea, de lejos, su más precioso patrimonio, este se traduce también en innumerables aspectos concretos, entre ellos el famoso licor Chartreuse, compuesto por 130 hierbas. Su largo proceso de preparación, con cuatro destilaciones y cinco infusiones, es conocido únicamente por dos cartujos. No deja de ser admirable que una de las Órdenes más austeras de la Iglesia, cuyas costumbres prescriben ayunos rigurosos y ni siquiera permiten este licor en sus mesas, haya ofrecido al mundo tal maravilla.

Con justicia, en el escudo de la Orden constan siete estrellas que representan a San Bruno y a sus primeros discípulos, formando medio arco sobre un orbe coronado por la cruz, y el lema *Stat crux dum volvitur orbis* – La cruz permanece en pie, mientras el mundo da vueltas. ✧



Floriel (CC by-sa 3.0)

«Aquí se adquiere aquel ojo cuyo sereno mirar hiere de amor al Esposo. Aquí, por el esfuerzo del combate, Dios premia a sus atletas con la ansiada merced: el gozo en el Espíritu Santo»

¹ WIEL, Constant Van de. *History of Canon Law*. Louvain: Peeters Press, 1991, p. 84. Del latín: «Nunca reformada porque nunca deformada».

² PÍO XI. Constitución apostólica *Umbratilem*.

³ También existían los canónigos regulares, que llevaban vida en común. No se conoce el momento en el que San Bruno fue ordenado sacerdote. En la época se solía usar el título de clérigo para cualquier miembro de la jerarquía eclesiástica, incluso si no fuera presbítero.

⁴ Sodoma, Gomorra, Admá, Seboín y Soar, cinco ciudades del Antiguo Testamento castigadas por sus pecados.

⁵ VITA ANTIQUIOR SANCTI BRUNONIS, n.º 1-7: PL 152; 482-484.

⁶ SAN BRUNO. Carta a su amigo Raúl. In: SÁEZ DE SANTAMARÍA, Gerardo Posada. *Maestro Bruno, Padre de monjes*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1995, p. 163.



Sebastián Cadavid

¿Cómo discernir el verdadero apóstol de Jesucristo?

Ser apóstol es una vocación que se extiende a todos los tiempos y lugares. ¿Cómo diferenciar, no obstante, al apóstol verdadero del falso? La Segunda Carta a los corintios nos ofrece valiosos elementos para ello.

João Felipe Trevisan



Ser apóstol no consiste en algo exclusivo del período inicial de la Iglesia, sino en una vocación que se extiende a todos los tiempos y lugares. De lo contrario, no sería posible cumplir el mandato del divino Maestro: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la Creación» (Mc 16, 15).

No obstante, junto a esos auténticos enviados de Dios, siempre hay quienes se presentan como tales, pero que, en realidad, son lobos rapaces que tratan de destruir al rebaño de Cristo (cf. Mt 7, 15).

Esta triste realidad y sus consecuencias han sido, por cierto, pronosticadas por el propio Jesús: «Aparecerán muchos falsos profetas y enga-

ñarán a mucha gente y, al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría» (Mt 24, 11-12).

Por lo tanto, es muy importante saber discernir los verdaderos apóstoles y los falsos. ¿Cómo hacerlo?

La Segunda Carta a los corintios y la figura del apóstol

La Segunda Carta a los corintios es uno de los escritos más ricos de San Pablo. Las circunstancias que la envuelven, sus destinatarios e incluso los problemas pastorales que la motivaron, hace que brille como un «apasionado desahogo del corazón del gran Apóstol, una vigorosa defensa de su apostolado en respuesta a las calumnias levantadas contra él».¹

En su epístola, el Doctor de las Gentes hace una contraposición entre él mismo y los «falsos apóstoles» que buscan minar su trabajo. De modo que es fácil de detectar a lo largo del texto bíblico las características del verdadero embajador de Jesucristo. Pasemos a considerar algunas de ellas.

Elegido por Dios

«Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios» (2 Cor 1, 1).

Ya en las primeras palabras de la epístola, San Pablo señala su vocación: apóstol de Jesucristo. Esa es su identidad, su credencial, su definición.

Otra verdad, sin embargo, se manifiesta claramente en el texto sagrado: recibió su misión directamente de Dios. Es la voluntad divina la que hace que el hombre se eleve a la altísima condición de enviado del Señor. Se trata de un don, una gracia que ninguna fuerza humana puede conceder o usurpar.

Signo de contradicción

«Porque somos incienso de Cristo ofrecido a Dios, entre los que se salvan y los que se pierden; para unos, olor de muerte que mata; para los otros, olor de vida, para vida» (2 Cor 2, 15-16).

Incluso siendo un emisario de Dios, el verdadero apóstol no goza de la aceptación de todos. Algunos lo tienen como un portador de muerte. ¡Es un signo de contradicción! Sus oyentes se verán impelidos a tomar una actitud definida: acogerlo o rechazarlo. La adhesión lleva consigo la admiración; mientras que el rechazo, el odio.

Una cualidad así parecería incoherente y hasta contradictoria con la misión apostólica, que tiene por finalidad salvar al mayor número posible de almas; pero no lo es. Querer la salvación de todos no implica automáticamente en que todos quieran ser salvados.

Para aquellos que hacen poco caso de su propio destino eterno, la figura del apóstol se vuelve insostenible. Es lo que explica San Juan Crisóstomo, al comentar el fragmento citado: «El que va hacia la perdición sólo pude recriminarse a sí mismo. Se dice que los cerdos son sofocados por el perfume y que la luz, como

ya he dicho, ciega a los débiles. La naturaleza de las cosas buenas es así: no solamente cura lo que es similar a ella, sino que destruye lo que le es contrario; de esta manera se muestra fortísima su fuerza».²

¿Apóstol de Cristo o siervo de Beliar?

«No os unzáis en yugo desigual con los infieles: ¿qué tienen en común la justicia y la maldad?, ¿qué relación hay entre la luz y las tinieblas?, ¿qué

El verdadero apóstol no goza de la aceptación de todos. Algunos lo tienen como un portador de muerte. ¡Es un signo de contradicción!



Martirio de San Pedro - Catedral de San Pedro, Condom (Francia). En la página anterior, predicación de los Apóstoles - Catedral de Colonia (Alemania)

concordia puede haber entre Cristo y Beliar?, ¿qué pueden compartir el fiel y el infiel?, ¿qué acuerdo puede haber entre el templo de Dios y los ídolos?» (2 Cor 6, 14-16).

He aquí otro atributo fundamental del verdadero apóstol de Jesucristo, enunciado claramente por San Pablo: integridad!

El que posee ese llamado debe precaverse en relación con las acciones que atentan contra él; y, por eso, debe ser consciente de que, en el camino de la fidelidad, no hay sitio para inicuas composiciones.

Al preferir la tolerancia en lugar de la intransigencia contra el mal, el falso apóstol desea fabricar una pretendida compatibilidad entre Cristo y Beliar, entre la Luz y las tinieblas, entre Dios y los ídolos.

La infidelidad constituye una marca inconfundible de quien no es auténtico enviado de Dios. Más aún, distingue con claridad a un siervo de Beliar, pues quien no se muestra íntegro en el servicio de Dios se vuelve merecedor de las palabras del divino Maestro: «El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo desparrama» (Lc 11, 23).

San Ireneo de Lyon emite un juicio severísimo con respecto a este género de personas: «En cuanto a aquellos, que pasan por presbíteros ante los ojos de muchos, pero son esclavos de sus pasiones y no anteponen el temor de Dios en sus corazones, [...] y obran el mal en secreto y dicen: “Nadie nos ve”, serán reprendidos por el Verbo, que no juzga según la reputación ni se fija en las apariencias, sino en el corazón.

Y escucharán estas palabras dichas proféticamente por Daniel: “¡Hijo de Canaán, y no de Judá! La belleza te sedujo y la pasión pervirtió tu corazón. ¡Envejecido en días y en crímenes! Ahora vuelven tus pecados pasados, cuando dabas sentencias injustas condenando inocentes y absolviendo culpables, contra el mandato del Señor: “No matarás al inocente ni al justo”».³

Perseguido por los «falsos apóstoles»

«Esto lo hago y lo seguiré haciendo para cortar de raíz todo pretexto a quienes lo buscan para gloriarse de ser tanto como nosotros. Esos tales son falsos apóstoles, obreros tramposos, disfrazados de apóstoles de Cristo; y no hay por qué extrañarse, pues el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz. Siendo esto así, no es mucho que también sus ministros se disfracen de ministros de la justicia. Pero su final corresponderá a sus obras» (2 Cor 11, 12-15).

Este es uno de los muchos pasajes en los cuales San Pablo insinúa que está siendo perseguido.

La comunidad de Corinto —por la cual el Apóstol llegó a derramar lágrimas de amor (cf. 2 Cor 2, 4)— empezó a incriminarlo con varias acusaciones infundadas y calumnias. He aquí algunas de ellas: que no pertenecía a Cristo, que era un destructor de comunidades, que invadía el terreno de otros e incluso que pa-

decía una especie de esquizofrenia (cf. 2 Cor 10, 1-14).⁴

¿Cómo se explica que las mismas personas por las que San Pablo tanto se había dedicado pudieran, de manera tan vil, haberse sublevado? Un exégeta contemporáneo nos lo responde: «Los corintios no llegaron solos a formular estas acusaciones contra Pablo. Detrás de ellas están los que la carta llama, con una buena dosis de ironía, “superapóstoles”. ¿Quiénes son? Seguramente perso-

nas influyentes, representantes de la jerarquía central que se impone a la comunidad».⁵

Ante la persecución, no desfallecer, ¡sino luchar!

Por otra parte, el modo como el Apóstol enfrenta la calumnia es conmovedor. El verdadero mensajero de Cristo jamás puede dejarse abatir por las persecuciones que sufre, ya sean externas, ya internas, incluso cuando provienen de aquellos que fueron objeto de una mayor bondad, dedicación y esperanza.

Defenderse con altanería y con confianza en aquel que todo lo puede, cortándoles todo pretexto a los obreros tramposos (cf. 2 Cor 11, 12-13), fue el medio utilizado por San Pablo para superar las dificultades encontradas en el camino de la evangelización. Esto hizo de él un varón realmente majestuoso.

Al respecto, pondera con sabiduría el Papa Benedicto XVI: «¿Cómo no admirar a un hombre así? ¿Cómo no dar gracias al Señor por habernos dado un Apóstol de esta talla? Es evidente que no hubiera podido afrontar situaciones tan difíciles, a veces desesperadas, si no hubiera tenido una razón de valor absoluto ante la que ningún límite podía considerarse insuperable. Para San Pablo, como sabemos, esta razón es Jesucristo».⁶

Apóstol de los «secretos» de Dios

«¿Hay que gloriarse?: sé que no está bien, pero paso a las visiones y revelaciones del Señor. Yo sé de un hombre en Cristo que hace catorce años —si en el cuerpo

El apóstol jamás puede abatirse ante las persecuciones, incluso cuando provienen de aquellos que fueron objeto de su bondad



San Pablo es apedreado en Listra
Basílica de San Pablo Extramuros, Roma

Reproducción

o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe— fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y sé que ese hombre —si en el cuerpo o sin el cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe— fue arrebatado al Paraíso y oyó palabras inefables, que un hombre no es capaz de repetir» (2 Cor 12, 1-4).

En la teología, los fenómenos místicos extraordinarios o sobrenaturales —como este que nos narra San Pablo— son considerados *gratis datae*, es decir, dones que Dios concede gratuitamente a quien Él quiere. Están reservados a pocos; e incluso varios santos no llegaron a recibirlos. Sin embargo hay que tener claro que todo bautizado debe nutrir una inmensa vida interior —mística en el sentido más profundo de la palabra—, condición imprescindible para cualquier acción pastoral. Ningún apóstol puede escusarse por no cultivar y fomentar la contemplación.⁷

Esto no significa, no obstante, que esos fenómenos sean siempre fortuitos. Al contrario, muchos de ellos tienen como causa el intenso grado de espiritualización al que han llegado ciertas almas escogidas.⁸

De este modo, podemos ver en la elocuente descripción de las revelaciones recibidas por San Pablo una garantía de que él no es únicamente portador de Espíritu, sino también poseedor de una gran intimidad



San Pablo, por Lippo Memmi - Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

La gloria, para el fiel apóstol, significa revestirse de Jesucristo, considerarse como instrumento puesto en las manos del Señor

con Nuestro Señor Jesucristo. A menudo, Dios se revela místicamente al apóstol para convertirlo, de manera

más evidente todavía, en un emisario suyo.

«Apóstol de Jesucristo y heraldo de la verdad»

El texto de la Segunda Carta a los corintios contiene también otras cualidades que diferencian al verdadero apóstol del falso, tales como la modestia (cf. 2 Cor 12, 14), la sinceridad (cf. 2 Cor 1, 12-14), el ser ministro del espíritu y no de la letra (cf. 2 Cor 3, 5-6). No obstante, los límites de este artículo impiden un análisis más extenso.

De cualquier manera, la índole del auténtico evangelizador está trazada con una claridad única en la epístola, cuya idea central consiste en la defensa del ministerio paulino. En palabras de un renombrado exégeta, el hilo conductor de su proceder se puede definir así: es «apóstol de Jesucristo y heraldo de la verdad, con todas las dificultades y toda la gloria que eso lleva consigo».⁹

Gloria, palabra que suena tan atractiva a los oídos de todos. Sea el apóstol verdadero, sea el falso, la buscan incansablemente.

Para este, la gloria se traduce en señuelo, oportunismo e hipocresía. Para el otro, sin embargo, significa revestirse de Jesucristo, considerarse como instrumento puesto en las manos del Señor. Instrumento que, a veces, es débil; pero, paradójicamente, a partir de esa flaqueza, Nuestro Señor Jesucristo muestra toda su fuerza y todo su poder (cf. 2 Cor 12, 10). ♦

¹ PEIFER, OSB, Claude J. *Conoce la Biblia: Nuevo Testamento. Primera y Segunda Epístola de San Pablo a los corintios*. Santander: Sal Terrae, 1966, v. IX, p. 106.

² SAN JUAN CRISÓSTOMO. *Omélies sulla seconda lettera ai Corinzi*, 5, 2. In: ODEN, Thomas C.; BRAY, Gerald (Ed.). *La Bibbia commentata dai Padri. Nuovo Testamento: 1-2*

Corinzi. Roma: Città Nuova, 2014, v. VII, p. 276.

³ IRENEO DE LYON. *Contra las herejías*. L. IV, c. 26, n.º 3: SC 100, 721-723.

⁴ Para obtener una explicación más detallada acerca de estos y otros ataques hechos contra San Pablo véase: BORTOLINI, José. *Cómo leer la Segunda Carta a los corintios. Los agentes de pastoral y el poder*. Santa-

fé de Bogotá: San Pablo, 1998, pp. 22-24.

⁵ BORTOLINI, op. cit., p. 25.

⁶ BENEDICTO XVI. *Audiencia general*, 25/10/2006.

⁷ La importancia de la contemplación para el perfecto desarrollo de la vida del apóstol es abordada con claridad en: GARRIGOU-LAGRANGE, OP, Réginald. *Las tres edades*

de la vida interior. 3.ª ed. Buenos Aires: Desclee de Brouwer, 1950, pp. 1075-1082.

⁸ Cf. ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología de la perfección cristiana*. 6.ª ed. Madrid: BAC, 1988, p. 886.

⁹ TURRADO, Lorenzo. *Biblia Comentada. Hechos de los Apóstoles y Epístolas paulinas*. Madrid: BAC, 1965, v. VI, p. 460.

La reforma de la Encarnación y la cocina de Santa Teresa



La gloriosa cuna de la vocación de Teresa de Ávila permaneció, durante cuatrocientos años, ajena a la reforma de esta santa. La hábil acción de una de sus hijas conquistó la esperada restauración, coronada por un emocionante hallazgo.



Hna. Diana Milena Devia Burbano, EP

Ávila 1562. Tras veintisiete años de vida claustral en el monasterio de la Encarnación, Teresa de Jesús deja a las casi ciento ochenta religiosas que la habían acompañado en los primeros pasos en la vocación y marcha hacia la aventura más grande de su vida: la reforma de la Orden Carmelita.

Llevando consigo únicamente lo indispensable para su primera fundación, se despidió de aquellas paredes, testigos mudos de su bendecida trayectoria: la puerta por la cual había ingresado en el monasterio, el locutorio donde el Señor la había reprendido por detenerse en conversaciones mundanas, la celda en la que había vivido y con Él tantas veces se había entretenido en coloquios sobrenaturales, la es-

calera donde en cierta ocasión se había encontrado con un bellissimo Niño que le declaró ser «Jesús de Teresa»...

Ahora bien, a pesar de haber sido el punto de partida de la renovación carmelitana, ese glorioso monasterio la acogió tan sólo cuatrocientos años más tarde, a través de la hábil y virtuosa acción de una de sus hijas espirituales del siglo XX.

En efecto, muchos años después de su partida y habiendo conquistado numerosas victorias para la Virgen del Carmen, Santa Teresa fue llevada por la obediencia de vuelta a su comunidad, esta vez como superiora. Sin embargo, encontró una oposición férrea por parte de las religiosas que, en un acto de manifiesta rebeldía, le negaron la entrada y la toma

de posesión de su cargo... Después de duros y amargos momentos allí vividos, obtuvo como resultado que, a su muerte, ese convento se mantenía tan «calzado» como antes, es decir, no había adherido a la renovación deseada por ella.

Albores de la transformación

En 1940, ciertamente por la celestial intercesión de su fundadora, el monasterio acató la reforma, aunque todavía le faltara progresar en muchos puntos. Los cuatro siglos de resistencia habían marcado profundamente a aquella comunidad y hubo dificultades en la adhesión total al espíritu teresiano.

Como, no raras veces, el estado espiritual de un grupo de personas se

refleja en la realidad material que lo rodea, en 1966 —veintiséis años después!— la falta de fervor de aquellas carmelitas y su deseo de lenitivos en el cumplimiento de la Regla se encontraban lamentablemente plasmados en la apariencia física del monasterio que, marcado por el tiempo, amenazaban con desmoronarlo. El convento, que había albergado a más de un centenar de monjas en la época de Santa Teresa, estaba reducido a una pequeña comunidad constituida en su mayoría por hermanas ancianas, lo que dificultaba la conservación del edificio.

Por otra parte, al ser la cuna de la vocación teresiana, muchos peregrinos, deseosos de imbuirse del espíritu de la santa, lo visitaban anualmente, acarreando no pocas contrariedades para la vida contemplativa que allí debería llevarse.

Otra «Teresa» para reformar la Encarnación

Aunque las religiosas de la Encarnación fueran conscientes de la grave situación del monasterio, se sentían incapaces de hacer frente a la tarea de reformarlo, tanto por el esfuerzo económico como por la fuerza moral que supondría llevarlo a cabo. Había que encontrar a alguien apto para conmover a almas generosas que financiaron la obra y, sobre todo, que estuviera dotado de un corazón abnegado y dispuesto a sufrir las dificultades que tan vasto proyecto prometía.

A fin de solucionar la cuestión, el confesor de la comunidad, el P. Crisógono de Jesús Sacramentado, y el obispo de Ávila, Mons. Santos Moro Briz, llegaron a la conclusión de que la única persona capaz de realizar la obra era la Madre Maravillas de Jesús, priora del monasterio de Aldehuela, en las proximidades de Madrid, que hacía poco había concluido la restauración de la comunidad carmelita de El Escorial.



Santa Maravillas fotografiada al final de su vida. En la página anterior, el monasterio de la Encarnación, Ávila (España)

Por el amor que le tenía a su madre espiritual, Santa Teresa, se dispuso a asumir la pesada tarea, a pesar de sus 64 años y de su frágil salud

Entonces le pidieron, en nombre de las religiosas de la Encarnación y de la diócesis, que tomara las riendas de la restauración no solamente de los edificios, sino también de las almas, llevándose consigo religiosas de sus fundaciones que pudieran auxiliarla. La Madre Maravillas, no obstante, se juzgaba inhábil para tal misión... Decidido a convencerla, Mons. Moro Briz le escribió, en enero de 1966, afirmando que si no aceptaba el encargo, Dios le pediría cuentas a ella de la ruina de tan venerable monasterio.

A la Madre Maravillas le quedó claro la extrema necesidad de su intervención para que la comunidad de la Encarnación no pereciera. Por el amor que le tenía a su madre espiritual, Santa Teresa, se dispuso a asumir la pesada tarea, a pesar de sus 64 años y de su frágil salud.

Lucha por la apertura de las almas

Antes de comunicar al general de la Orden su decisión, la Madre Maravillas visitó dos veces el monasterio y comprobó la triste situación en que se encontraba. Según cuentan algunas carmelitas que la acompañaron, las religiosas «estaban bastante espantadas» y «no querían que [la Madre Maravillas] fuera en este plan de corregir y reformar espiritualmente a la comunidad. Ellas querían solamente la ayuda material y monjas que las auxiliaran materialmente».¹

Mover las voluntades y abrir los corazones es mucho más difícil que construir edificios y levantar paredes... Sin embargo, poco a poco la Madre Maravillas fue convenciendo a las religiosas para que aceptaran las condiciones de la reforma y, finalmente, todas acabaron encariñándose con ella, lo que causó no poca admiración en los que conocían las disposiciones anteriores de la comunidad.

Se sabe que esa alma elegida y amada por la Santísima Virgen pidió muchas luces al Señor antes de elegir a las carmelitas que deberían acompañarla en su ardua misión, dejando trasparecer en algunas cartas lo mucho que deseaba que fueran las más observantes y virtuosas. Después de una meticulosa selección, la Madre Maravillas nombró nueva priora a la Madre Magdalena de Jesús y, además de ocho religiosas elegidas para auxiliarla, encargó los arreglos del edificio a la Hna. Isabel de Jesús, la cual, sin ser arquitecto, planeaba todas sus fundaciones.

Habían sido dados, por fin, los primeros pasos para la reforma de la Encarnación.

Ánimo inquebrantable en la obtención de los medios

Tras haber conquistado la apertura de las almas y establecido un grupo de carmelitas auxiliares, la primera disposición efectiva que adoptó la Madre Maravillas fue la de volcarse en las urgentísimas necesidades materiales de la comunidad.

Según el parecer de los especialistas, el monasterio se mantenía en pie por puro milagro, que las hermanas atribuían a Santa Teresa. Urgía colocar entre cuarenta y cincuenta puntales para que el edificio no se viniera abajo. Era necesario levantar los tejados, rehacer los sótanos, sustituir las vigas de madera, casi podridas y deshechas, por otras de cemento y hierro, construir nuevas celdas, restaurar la iglesia y realizar otras muchas reparaciones...

Con ánimo inquebrantable, la Madre Maravillas resolvió iniciar la reforma pidiendo ayuda financiera al poder público, convencida de que la conservación de tan valiosa reliquia también le competía. Fue entonces cuando un auténtico batallón de arquitectos, albañiles y trabajadores de todo tipo comenzaron las obras en el convento.

Movidos de entusiasmo por el valor histórico del edificio y por el simbolismo de cada rincón, los trabajadores se mostraron incansables en su labor, esfuerzo que enseguida sería muy bien recompensado por el Cielo a través de una inesperada y sorprendente dádiva.

Un regalo de Santa Teresa

En medio de los trabajos de reforma fue encontrada la puerta por la cual Santa Teresa había entrado en el monasterio con ocasión de su nombramiento como priora en 1571, además de varias ventanas y pinturas de la época. Pero el mayor y más intere-

Grande fue la sorpresa al encontrar la cocina en la que Santa Teresa había preparado sus comidas durante veintisiete años



En el piso superior, la cocina descubierta durante la reforma del convento - Monasterio de la Encarnación, Ávila (España)

sante descubrimiento se daría el 3 de diciembre de 1968.

Por indicación de la Hna. Isabel, durante algunos días los obreros se esforzaron en derrumbar una de las paredes de la capilla de la transverberación, construida años antes en el lugar de la celda de Santa Teresa. La carmelita «arquitecta» tenía la esperanza de que detrás de alguna de aquellas paredes existiera aún parte de la celda o de la cocina de la fundadora, pues a partir de las medidas del edificio se estimaba que habría un espacio entre el muro de la capilla y lo que vendría a ser la puerta de la celda.

Cuál no fue la sorpresa cuando, tras varios días, los albañiles encontraron la codiciada cocina, en la que Santa Teresa había preparado sus comidas durante veintisiete años. Los ladrillos ennegrecidos aún formaban perfectamente el arco de la chimenea y el olor a humo concentrado por los siglos de reclusión era sentido nada más con acercarse.

La estupefacción y la emoción embargaron el corazón de todos los presentes, que vieron sus esfuerzos generosamente recompensados con el hallazgo de la peculiar reliquia.

Avisada para que verificara lo ocurrido, la antigua priora del monasterio, la Madre Encarnación, después de mirar largamente el techo y toda la cocina, permaneció inmóvil durante algunos minutos. Su profunda palidez atrajo la atención de los presentes, quienes al verla que seguía impávida pensaron que estuviera sintiéndose mal. Sin dar atención, no obstante, a las preguntas que le hacían, la Madre Encarnación mantuvo la mirada fija en aquel pequeño y bendito lugar. Al cabo de un rato explicó lo que le ha-

bía pasado. Había visto a la mismísima Santa Teresa, que le dijo: «Estate tranquila, pues todo cuanto las madres están haciendo en esta santa casa es de mi agrado y muy bien hecho».²

Se sellaba así, con una comunicación sobrenatural, la santidad de la reforma emprendida por la Madre Maravillas y sus religiosas y quedaba comprobado, una vez más, cuánto Dios bendice, aún en esta vida, a aquellos que se preocupan por sus obras: «Cada uno será recompensado por el Señor según el bien que hiciere» (Ef 6, 8).

Se restaura el espíritu carmelitano

La reforma del edificio concluyó en un tiempo récord de cinco años. Para facilitar la observancia de la Regla, la puntualidad en los horarios y la participación de la comunidad en los actos en conjunto, se modificó el estilo de las celdas, que se hicieron menores, más alegres y soleadas. Se erigió un nuevo coro para uso de las religiosas y el antiguo, con el comulgatorio usado por Santa Teresa, quedó expuesto para la visita del público. Se ideó también un museo teresiano con todos los recuerdos de la Santa, para que pudieran ser venerados por los peregrinos.

Además, debido a la afluencia de fieles y de sacerdotes que deseaban celebrar Misas en el monasterio, la Madre Maravillas confió el servicio de la sacristía externa y la atención a los peregrinos a una congregación recién fundada, las Siervas del Evangelio, y construyó un edificio anexo al monasterio para residencia de estas religiosas.

Por otro lado, no menos gloriosa que la restauración material fue la transformación moral obrada por la sabiduría de la Madre Maravillas. A través de la paciencia y del buen ejemplo, paulatinamente la disciplina y el espíritu teresiano fueron echando raíces en el monasterio de la Encarnación. La comunidad empezó a observar las santas costumbres de la reforma, la paz y la unión no tardaron en

establecerse entre las hermanas.

¡Colaboremos en la reforma del mundo!

Dice la Escritura que «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom 5, 20). Si durante cuatrocientos años la resistencia a la gracia divina reinó en aquel monasterio que había sido la cuna de la vocación de Santa Teresa de Jesús, en él también la misericordia de Dios acabó triunfando magníficamente y, a través de la acción virtuosa de un alma escogida, marcó para siempre la historia de la Orden Carmelita.

En los días en que vivimos, en los cuales innegablemente sobreabunda el pecado, pidámosle a Santa Teresa, a la Madre Maravillas de Jesús y a todos los santos y santas carmelitas que velen por nuestras almas y las hagan dóciles a la acción del divino Espíritu Santo y de los varones por Él elegido, para que podamos colaborar en la reforma del mundo y triunfar con ellos en el Reino de María. ✧

«Estate tranquila, pues todo cuanto las madres están haciendo en esta santa casa es de mi agrado y muy bien hecho»



Francisco Lecaros



Reproducción



Gustavo Krall

Interior del monasterio de la Encarnación, Ávila (España); en el centro, Santa Teresa de Jesús - Monasterio de la Anunciación, Alba de Tormes (España)

¹ GONZÁLEZ CHAVES, Alberto José. A casa de Teresa. 50 años de la restauración del Monasterio de la Encarnación de Ávila por Santa Maravillas de Jesús. In: *Santa Madre Maravillas de Jesús*. Madrid. N.º 178 (2016); p. 6.

² MAGDALENA DE JESÚS, OCD. Un hallazgo singular. In: *Santa Madre Maravillas de Jesús*. Madrid. N.º 178 (2016); p. 19.



En las manos de Dios, la elección de la vocación

Por encima de la virtuosa propensión de Dña. Lucilia a lo elevado y a lo sublime, se hallaba su robusta determinación de cumplir la voluntad de Dios, aunque le costara frenar su buenos movimientos de alma.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

A medida que se acercaba a los 30 años, se delineaba en el interior de Lucilia una aspiración a la vida religiosa, la cual adquiría rasgos cada vez más marcados durante largas horas de contemplación en la quietud, intercaladas de oración vocal. Sin embargo, por encima de su virtuosa propensión a lo elevado y a lo sublime, permanecía su decidida determinación de cumplir la voluntad de Dios, aunque fuera a costa de frenar sus buenos movimientos de alma.

Dispuesta a seguir en cualquier momento, por mucho que le costara, la voz del Espíritu Santo, tenía por seguro que ésta se manifestaba a menudo a través de los consejos u órdenes de su querido padre, el Dr. Antonio Ribeiro dos Santos.

Docilidad a los designios de la Providencia

Al atardecer de cierto día, el Dr. Antonio, con su característica paternidad, se acercó a su hija para tratar el delicado tema del matrimonio. Le hizo ver que los años pasaban y que corría el riesgo de convertirse en una tía solterona, alrededor de la cual los sobrinos hacen la fiesta.

Claro que, como buen padre, no deseaba presionarla para que se decidiera por el matrimonio. En esa misma ocasión, le contó a Lucilia que un amigo suyo le había presentado a un joven abogado, el Dr. João Paulo Corrêa de Oliveira, descendiente de una ilustre familia de Pernambuco, muy fino e inteligente. Lo consideraba, por tales motivos, el esposo más apropiado, pero salvaguardando que solamente a ella le correspondía la última palabra.

Con su fisonomía siempre dulce y afectuosa, Lucilia no se alteró ante la sugerencia paterna. Era una nueva manifestación de aquella permanente templanza que ya iba alcanzando su pleno florecimiento.

Si la voluntad de la Providencia se insinuaba de esta forma, ¿por qué no alegrarse? Su futuro tenía que ser bueno, puesto que había sido recomendado por el Dr. Antonio. ¿Qué más podía faltar para su consentimiento? Sin embargo, siempre comedida y prudente, le pidió a su padre un tiempo para pensárselo y, después de rezar y reflexionar mucho, aceptó la propuesta de que le fuese presentado el digno y simpático licenciado, de quien sería novia.

Lucilia no se equivocaba al discernir en las palabras de su padre

la indicación de los designios divinos a respecto de ella. De hecho, estaba llamada a ejercer el insustituible papel de la buena madre junto al Dr. Plinio Corrêa de Oliveira, varón suscitado por Dios para marcar el siglo XX con su virtud y actuación a favor de la Santa Iglesia y de la civilización cristiana.

Pompa nupcial

¡Día 15 de julio de 1906! Fecha notable en la crónica social de la ciudad, debido a un brillante acontecimiento del cual nos da noticia el *Correio Paulistano* del día siguiente:

«Se celebró ayer, en esta capital, el matrimonio de la Excm. Srta. Lucilia Ribeiro dos Santos, hija muy ama-

Lucilia no se alteró en nada ante la sugerencia paterna. Si la voluntad de la Providencia se insinuaba de esta forma, ¿por qué no alegrarse?

da del Sr. Dr. Antonio Ribeiro dos Santos, con el distinguido abogado, el Dr. João Paulo Corrêa de Oliveira. [...]

«La ceremonia religiosa, que se celebró a las ocho y media de la noche en la capilla del Seminario episcopal, estuvo concurridísima. Pronunció en esta ocasión una bella oración de bendición y buenos augurios a la nueva pareja, el Rvdmo. arcediano Mons. Francisco de Paulo Rodrigues, vicario general de la diócesis».

La concurrencia en la iglesia de numerosos invitados, pertenecientes a la más alta sociedad, despertó extrema curiosidad entre la gente sencilla que por allí pasaba, atrayendo a una pequeña y ruidosa multitud.

Sin embargo, nada le gustó tanto a aquella gente como el extenso cortejo de carruajes y automóviles que se dirigía a la residencia de los Ribeiro dos Santos, inmediatamente después de la ceremonia. Llamaba especialmente la atención el vehículo de los novios que, finamente decorado y tapizado en seda, abría el séquito.

El ansiado encuentro con Nuestro Señor Sacramentado

Hasta el pontificado de San Pío X, a principios del siglo XX, la gracia de la Primera Comunión todavía no se había extendido a los niños y adolescentes. No fue ése, empero, el único motivo que mantuvo a Lucilia lejos de este sacramento hasta la proximidad de su boda. En aquella época, la población brasileña, aunque era mayoritariamente católica y participaba en todos los acontecimientos religiosos, casi no frecuentaba los sacramentos. Contribuía a esta actitud contradictoria una ensañada propaganda anticlerical, que la conducta censurable de cierto número de eclesiásticos no hacía sino estimular.

Esto conllevaba, como resultado, lamentables malentendidos entre el clero y los fieles, incluso favoreciendo la circulación de rumores desagradables, según los cuales existían sacerdo-

tes que se aprovechaban del confesionario para hacer proposiciones deshonestas a las penitentes. En el triste clima así establecido, se comprende que muchos padres de familia prohibieran a sus hijas y sus esposas acercarse al tribunal de la penitencia. El Dr. Antonio creía estar actuando con acierto al adoptar tal postura.

Para un alma ardientemente devota del Sagrado Corazón de Jesús, la comunión constituía el ápice normal del trato íntimo con el divino Salvador. De ahí que supusiera para la joven Lucilia una prueba nada pequeña el vivir tanto tiempo a la espera de ese sacramento. Y, a pesar de la admiración, nunca desmentida, que sentía por su padre, no lograba esconder su mansa incompreensión ante la irreductible actitud de éste; pero sin resultado.

El matrimonio le proporcionaría, por fin, la oportunidad de realizar el deseo, que albergaba desde hacía tanto tiempo, de recibir a Nuestro Señor en la Sagrada Eucaristía. La víspera de la boda, el Dr. Antonio se dirigió a su futuro yerno y le dijo:

—Dr. João Paulo, debido a la situación del clero, hasta ahora no he permitido que Lucilia se confesara y, por consiguiente, tampoco que comulgara, aunque ella lo quisiera de veras. Como la situación va mejorando, soy propenso a permitirlo. De todas formas, quien

tiene que decidirlo es usted: si quiere, se confesará y comulgará ahora con ocasión de su matrimonio.

El Dr. João Paulo miró a su novia a fin de que manifestara sus anhelos. Con la delicadeza de siempre, le dijo que le gustaría mucho poder comulgar regularmente. A partir de entonces, convinieron que así se hiciera y en la víspera de la boda (el 14 de julio de 1906), Lucilia pudo confesarse y hacer la Primera Comunión en su muy amada capilla del Convento de la Luz, adquiriendo de esta forma más fortaleza de alma para enfrentar las incertidumbres de un nuevo estado de vida. ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
Doña Lucilia. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 97-101.

*Para un alma muy
devota del Sagrado
Corazón de Jesús,
la comunión sería
el ápice normal del
trato íntimo con el
divino Salvador*



Altar de la capilla del monasterio de la Luz, São Paulo, donde Dña. Lucilia hizo la Primera Comunión. En la página anterior, Dña. Lucilia poco antes de la boda

Lucio César



Perú – Por invitación del Comando Especial de Operaciones de Ucayali, los Heraldos llevaron a cabo una misión mariana en Pucallpa, en la región amazónica peruana. Entre otros lugares, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó bases militares del Ejército y el cuartel de la Policía Nacional.



Italia – Los Heraldos realizaron una misión mariana en Barrafranca, Sicilia, a petición del párroco de la localidad, el P. Salvatore Cumia. La misión constó de Misas, confesiones, períodos de oración y catequesis sobre el mensaje de Fátima, además de una emocionante visita a una residencia de mayores.



Brasil – Más de 6000 prendas de abrigo se recaudaron en la campaña promovida por los Heraldos del Evangelio a inicios del invierno, en Ponta Grossa, con la ayuda de la comunidad y del 13.º Batallón de Infantería Blindada. Las donaciones fueron repartidas entre familias necesitadas y personas sin hogar, en una acción social conjunta del Ayuntamiento.



Fotos: Breno Fonseca e Luis Plinio

Brasil – El 16 de julio, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, Mons. Gil Antonio Moreira, arzobispo metropolitano, presidió la Misa de inauguración de las torres de la iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, de Juiz de Fora, que pertenece a los Heraldos. Acto seguido a la celebración tuvo lugar la ceremonia de bendición de los campanarios y una quema de fuegos artificiales. Tras unas palabras del prelado y del P. Antonio Guerra, EP, los presentes asistieron también a un video de retrospectiva de la construcción del templo, iniciada en mayo de 2015.



Fotos: Cassio Miguel

Brasil – El coro y orquesta del Seminario mayor de los Heraldos del Evangelio fueron invitados a solemnizar la Misa presidida por Mons. Pedro Luiz Stringhini, obispo de Mogi das Cruzes, el 5 de agosto en la iglesia matriz de Arujá, con ocasión del 280 aniversario del hallazgo de la milagrosa imagen del patrón de la ciudad, el Señor Buen Jesús.



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Aumenta el número de cristianos asesinados por terroristas en Nigeria

La Asociación Internacional para las Libertades Civiles y el Estado de Derecho (InterSociety), de Nigeria, ha difundido un estudio en el cual destaca que sólo en 2021 han sido asesinados por terroristas islámicos, en ese país, más de 3400 cristianos, lo que supone un promedio de 17 muertos por día.

Dicha cifra es, según InterSociety, la segunda más alta desde 2014, año en que unos 4000 cristianos fueron víctimas del grupo musulmán Boko Haram y otros 1200 lo fueron de los yihadistas de la tribu Fulani.

Desde enero hasta julio de este año, casi 3000 cristianos han sido secuestrados. La estimación es que de cada 30 cristianos secuestrados, al me-

nos, 3 terminan muriendo, llegando a 300 el número de fallecidos en cautiverio. También se contabilizaron 150 asesinatos no registrados oficialmente y 300 iglesias amenazadas, atacadas o quemadas.

Los autores de la investigación lamentan la impunidad de los criminales, lo que alimenta e incentiva la repetición de tales atrocidades. El Gobierno nigeriano ha sido igualmente blanco de duras críticas por su complicidad en los crímenes contra los cristianos en ese país.

Se inicia el proceso de beatificación de Gertrude Detzel

El 15 de agosto fue anunciado el inicio de la etapa diocesana del proceso de beatificación de la Sierva de Dios Gertrude Detzel, laica que se dedicó a la evangelización en los difíciles años de la represión estalinista. El anuncio tuvo lugar durante la Celebración eucarística presidida por Mons. Clemens Pickel, obispo de San Clemente en Sarátov, en la basílica de San José de Karaganda, Kazajistán.

Gertrude Detzel nació en 1904, en una familia católica, en el pueblo de Rozhdestvensky. Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial fue envia-

da a trabajar en el campo de algodón, al sur de Kazajistán, y más tarde a la región de Gurvey, donde sirvió en el campo petrolero de Baichunas.

En medio de duras labores, encontraba tiempo para reunir a las mujeres a fin de rezar y hablar de Dios. Denunciada, fue presa, juzgada y condenada a diez años de trabajos forzados en los gulags soviéticos. En la amnistía de 1954 decidieron liberarla y se estableció en Karaganda, donde asistía a los sacerdotes que actuaban clandestinamente para organizar las comunidades católicas. Gertrude falleció el 16 de agosto de 1971.

Primer monasterio católico en Tayikistán

Un hecho inédito en Asia Central tuvo lugar el 27 de junio en Tayikistán, el día en que este país celebra su unidad nacional: fue fundado el primer monasterio católico de vida contemplativa.

La familia religiosa del Instituto del Verbo Encarnado (IVE), fundación de origen argentino, es la responsable del nuevo monasterio. Éste recibió el nombre de San Juan Pablo II, en homenaje al pontífice que tanto impulsó las misiones en Asia

Cerca de 40 000 peregrinos visitan Częstochowa

A pesar de la pandemia y siguiendo las normas de salud vigentes, 63 grupos de peregrinos con casi 40 000 personas visitaron el santuario mariano de Częstochowa, Polonia, para celebrar la Asunción de María Santísima el pasado 15 de agosto.

El obispo de Radom, Mons. Marek Solarczyk, fue el encargado de velar por la condición espiritual de los peregrinos y de hacer sonar el toque de trompeta que marcaba el comienzo de las actividades diarias para los participantes. Había gente de todas las edades, clérigos, consagrados y laicos, personas cultas o sencillas, todos con una devoción especial a la Santísima Virgen.

La peregrinación de agosto de este año fue principalmente un acto de acción de gracias por la celebración del 30.º aniversario de la Jornada Mundial de la Juventud en



Częstochowa, por lo que uno de los principales eventos fue el concierto *Los peregrinos cantan las canciones favoritas de Juan Pablo II*.

Jasna Góra News

Monjes benedictinos regresan a la histórica abadía de Solignac

Tras 230 años de ausencia, los monjes benedictinos regresaron, a principios de agosto, a la abadía de Solignac, emblemático monasterio fundado en el siglo VII por San Eligio, próximo a Limoges, Francia.

La Orden Benedictina había sido expulsada de allí en 1790, durante la Revolución francesa. Desde entonces la abadía fue utilizada como prisión, internado para niñas, fábrica de porcelana y como refugio para maestros católicos en los años de la Segunda Guerra Mundial. A partir de 1945 acogería a los Mi-

sioneros Oblatos de María Inmaculada, luego la propiedad sería transferida a la diócesis de Limoges y, ahora, nuevamente a los hijos de San Benito.

Según Dom Jean-Bernard Marie Bories, abad del monasterio benedictino de San José de Clairval, que requirió la abadía de Solignac, el lugar no solamente acogerá a la comunidad benedictina, sino que también se convertirá en un centro de espiritualidad para oración y retiros.

La inauguración oficial del monasterio está prevista para el 28 de noviembre.



GFRehaller (CC by-sa 3.0)

MOSSOT (CC by-sa 3.0)

PMRMaeyert (CC by-sa 3.0)

Central en una época en la que el comunismo aún impedía la expresión pública de la fe.

El P. Pedro López, sacerdote encargado de los católicos en Tayikistán, declaró a *Asia News* que las religiosas en la misión estarán siempre rezando por los frutos apostólicos en ese país y que la fundación del monasterio ha sido providencial, pues sucedió antes de que empezaran los problemas con su vecino Afganistán.

El acto estuvo marcado por una Misa celebrada por el administrador apostólico de Uzbekistán, el P. Jerzy Maculewicz. Le siguió una pequeña procesión con una imagen de la Virgen de Luján, patrona de Argentina y de las misiones del IVE, llevada en andas por las religiosas, para luego ser entronizada como patrona también de aquella casa.

Editora paulista publica una colección sobre la doctrina social de la Iglesia

La Kolping Brasil presentó en el Centro Universitario Ítalo Brasileño, el 7 de agosto, la *Colección Doctrina Social de la Iglesia*, como fruto de un curso realizado entre 2015 y 2016 en

la diócesis de Osasco, transformado en extenso y criterioso trabajo. Es la primera obra con el sello editorial Kolping Brasil, una asociación sin fines de lucro que actúa en la superación de todas las formas de pobreza por medio de la formación y el trabajo. La colección está formada por tres volúmenes: *La Persona de Jesucristo y su mensaje*, *Doctrina social de la Iglesia* y *Vida y obra del Beato Adolfo Kolping*.

Dicha publicación salió a la luz gracias al apoyo del Fondo Misericordia, que recibió una petición de ayuda de parte del presidente de la Obra Kolping Brasil, Edvaldo Azevedo, con la anuencia del cardenal Odilo Pedro Scherer, arzobispo de São Paulo, en abril de 2019, pero sólo ahora pudo recoger los frutos de su patrocinio. El cardenal escribió el prólogo del primer volumen de la colección.

Un órgano de tubos del siglo XII será reconstruido

Congelados en el tiempo, como una especie de «Pompeya musical», los 221 tubos restantes del órgano de la basílica de la Natividad, de Belén, en la actual Cisjordania, podrán re-

cobrar nueva vida. Así lo espera David Catalunya, musicólogo, historiador e investigador de la Universidad de Oxford, responsable por el proyecto que tiene por objetivo replicar los tubos originales y reconstruir las partes faltantes del órgano, para que su sonido pueda ser escuchado nuevamente, después de 800 años.

El investigador data el instrumento en el siglo XII y lo considera un ejemplar único en el mundo. Sus tubos fueron descubiertos en una excavación arqueológica en el monasterio franciscano anexo a la basílica de la Natividad, en 1906, junto con campanas y otros ornamentos litúrgicos, y fueron llevados a Jerusalén bajo el cuidado de la Custodia Franciscana de Tierra Santa.

David Catalunya cree que los cruzados franceses llevaron el órgano a Tierra Santa en la primera mitad del siglo XII y que sobrevivió a la invasión de Saladino, en 1187, únicamente por haberlo considerado un simple mueble. En 1224 los tubos, las campanas y el resto de material litúrgico podrían haber sido enterrados ante la inminencia de la invasión de los turcos de Corasmia.



El fracaso de la leona y la salvación de la tortuga

La tortuga no tiene escapatoria. Su velocidad es mínima, no tiene a quién pedirle socorro, es incapaz de luchar contra la fiera. Sólo le queda una única salida...



Lorena Mello da Veiga Lima

Un día más en la inmensa sabana africana. El cielo está despejado, el sol radiante y los animales llevan su vida con normalidad. Sin embargo, no todas las bestias se comportan de manera pacífica. Unas son mansas y conviven tranquilamente con las demás. Pero hay otras bastante agresivas...

Ya es la hora de almorzar y la leona necesita alimentarse. Nada mejor entonces que pasear discretamente por la llanura y rondar los distintos grupos de animales en busca de una buena comida. Anda con aire despreocupado, fingiendo que sólo está caminando y mirando sin ninguna mala intención. Pero todos la conocen: a esas horas, una leona que vague por aquellos parajes únicamente lo hace en busca de alimento.

«Hoy estoy en extremo cansada», pensaba. «No tengo fuerzas suficientes para cazar una presa de gran tamaño. Procuraré algo más simple para comer. ¿Qué podrá ser? Por

aquí nada más que hay animales veloces; para atraparlos, gastaría demasiada energía», se decía.

La leona continuaba deambulando, segura de que en breve hallaría una iguaria de la que servirse. Y no se equivocaba: a unos metros distingue una tortuga, que camina lenta y despreocupadamente. Disimula que no ha visto a la pobre víctima y se dirige hacia ella, mientras dialoga consigo misma: «¡Ah! Esa tortuga me valdrá, al menos como aperitivo, luego vendrá el almuerzo. Me acercaré a ella y, de un solo golpe, acabaré mi comida».

La tortuga es lenta, pero experta. Ve que su depredadora se aproxima y piensa: «Uhm... ¿A estas horas viene una leona hacia mí? Esa perezosa querrá comerme. ¿Cómo voy a escaparme de ella? El caparazón que llevo no me permite correr».

Finalmente llega la gran felina. Para disfrazar su objetivo entabla una conversación y empieza diciendo:

—¡Oh, simpática tortuga! ¡Qué alegría encontrarme contigo! Hace tiempo que no veo a nadie de tu especie. Dime: ¿cómo están tus parientes, tus amigos?

La tortuga reconoce que nunca logrará huir y piensa en una manera de escapar de la muerte:

—¡Oh, doña leona! ¡El placer es mío! Infelizmente mis parientes y mis amigos no son motivo de buenas noticias... Los científicos que suelen aparecer por aquí acabaron de constatar una terrible enfermedad en nuestra especie. Parece que es un tipo de hongo: el que nos tocara o comiera sufriría un malestar pavoroso y, en poco tiempo, icaería muerto!

—¿De verdad?! —le pregunta asustada.

—Y tanto. De hecho, habíamos notado algo raro en nosotros, sin embargo, no lo sabíamos explicar. Pero ahora ya ha quedado claro de qué se trata. Estamos bastante deprimidos, ¿sabes? Porque en adelante ya no podremos tener ningún contacto con el

resto de los animales. Tenemos que separarnos y convivir solamente entre nosotros, pues de lo contrario infectaríamos a toda la población de esta sabana.

Pensativa y percibiendo que sus planes habían fracasado, le contestó:

—Vaya, qué situación más triste... Me compadezco de vosotros. Entonces ya me voy, porque, a fin de cuentas, tampoco quiero contagiarme, ni pasarle el mismo mal a mi manada. ¡Deseo que te mejores!

—Muchas gracias, señora leona.

Se da la vuelta y emprende cabizbaja el camino de regreso, en busca de otro alimento, mientras la tortuga se ríe del engaño perpetrado contra su depredadora.

La felina va meditando sobre su suerte; siente el dolor del hambre y escucha el gruñido de su estómago vacío... De repente, cae en sí y se da cuenta de que ha sido blanco de una trampa. Rabiosa, furibunda, regresa a pasos agigantados en dirección a su presa.

—¡Ay!... Allí viene mi enemiga. Se ha percatado de que la historia que le conté era mentira. Y ahora, ¿cómo voy a salir de este apuro?

La tortuga no tiene escapatoria. Su velocidad es mínima, no tiene a quién pedirle socorro, es incapaz de luchar contra esa fiera. Sólo le queda

una única solución: ientrar en su fortaleza!

Al llegar junto al pobre quelonio, la leona no entiende lo que tiene ante sus ojos: «¿Cómo? ¿Adónde ha ido a parar esa farsante? Si la he visto hace poco. ¿Acaso ha salido de su caparazón y huido corriendo? ¿O estará aquí dentro?».

Intrigada a más no poder, gira y gira a la tortuga tratando de encontrar algún agujero por donde atraparla. Pero en vano. Los animales que por allí pasan piensan que está loca por jugar a la pelota con una tortuga; lo ven gracioso y comentan entre ellos la peculiar actitud de la fiera. Pero ésta ni siquiera nota las risas y únicamente está empeñada en desvelar ese «misterio».

Después de estar bastante tiempo dándole vueltas a la pobre tortuga por todas partes, la leona se persuade de su nuevo fracaso y regresa hambrienta y humillada a su casa. La tortuga se reconoce vencedora, pero espera largos minutos hasta salir de su caparazón. Se siente algo mareada, es verdad, tras haber estado girando tanto; ¡pero está a salvo! A continuación, regresa con los suyos,



Para disfrazar su objetivo la leona entabla una conversación y empieza diciendo:
«Oh, simpática tortuga...»

a quienes les cuenta lo que le había pasado.

* * *

Estamos en constante peligro, pues nuestro «adversario, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar» (1 Pe 5, 8). Para esos momentos de apuro, existe una salvación certísima: ¡el sagrado manto de la Santísima Virgen! Cual fortaleza inexpugnable, es el verdadero refugio de los pecadores y protección para todos los que se encuentran en dificultades y aflicciones. Porque los que acuden con confianza a la maternal protección de María siempre saldrán victoriosos contra las asechanzas del enemigo infernal. ✧



Nuestro adversario, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar. Estamos en constante peligro. En los momentos de apuro, existe una certísima vía de salvación...

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Santa Teresa del Niño Jesús, virgen y doctora de la Iglesia (†1897 Lisieux - Francia).

San Nicecio de Tréveris, obispo (†561). Era, según San Gregorio de Tours, fuerte en la predicación, terrible en la argumentación y constante en la enseñanza. Sufrió el destierro bajo el reinado de Clotario I.

2. Santos Ángeles Custodios.

Beatos Luis Yakichi, su esposa **Lucía** y sus hijos **Andrés** y **Francisco**, mártires (†1622). Bienhechor de los Dominicos de Nagasaki, el Beato Luis fue quemado vivo, tras presenciar la decapitación de su esposa y de sus hijos.

3. XXVII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Gerardo, abad (†959). Fundador y primer superior de la abadía de Saint-Gérard, de Brogne, Bélgica. Se dedicó a la renovación de la disciplina monástica en Flandes y en Lotaringia.

4. San Francisco de Asís, religioso (†1226 Asís - Italia).

Santa Áurea, abadesa (†c. 666). Superiora del monasterio de San Marcial, de París, donde vivían cerca de trescientas vírgenes bajo la Regla de San Columbano.

5. Santa María Faustina Kowalska, virgen (†1938 Cracovia - Polonia).

San Plácido, monje (†s. VI). Discípulo de San Benito desde la adolescencia. Patrón de los novicios benedictinos.

6. San Bruno, presbítero y eremita (†1101 Serra San Bruno - Italia).

Santa María Francisca de las Llagas de Nuestro Señor Jesucristo, virgen (†1791). Terciaria

franciscana fallecida en Nápoles, Italia.

7. Nuestra Señora del Rosario.

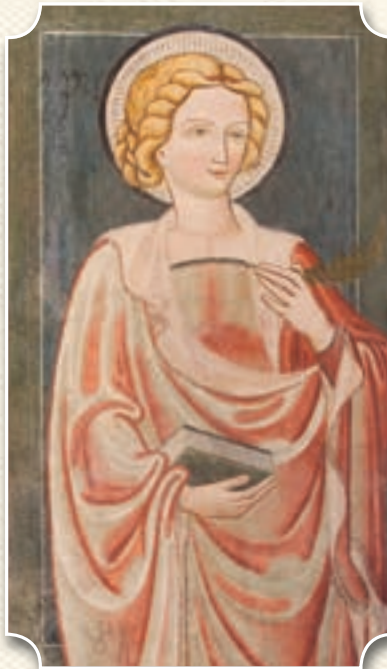
San Augusto, presbítero y abad (†c. 560). Al tener por enfermedad manos y pies anquilosados se sostenía sobre las rodillas y los codos. Curado por intercesión de San Martín, erigió en Bourges, Francia, una comunidad de monjes dedicados ininterrumpidamente a la oración.

8. Santa Reparata, virgen y mártir (†s. III). Torturada y asesinada en tiempos de Decio al negarse a adorar a los ídolos.

9. San Dionisio, obispo, y **compañeros**, mártires (†s. III París).

San Juan Leonardi, presbítero (†1609 Roma).

Santa Públia, viuda (†s. IV). Ingresó en un monasterio tras la muerte de su marido.



Santa Reparata - Iglesia de la Santa Cruz, Genazzano (Italia)

Fue abofeteada por orden del emperador Juliano el Apóstata por cantar salmos que condenan la idolatría.

10. XXVIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Cerbonio, obispo (†c. 575). Obispo de Populonia, Italia.

11. San Felipe. Uno de los siete primeros diáconos de la Iglesia. Convirtió a los samaritanos y bautizó al ministro de la reina Candace, de Etiopía.

12. Nuestra Señora del Pilar.

Beato Tomás Bullaker, presbítero y mártir (†1642). Religioso franciscano preso durante el reinado de Carlos I de Inglaterra cuando celebrada la Santa Misa. Fue ahorcado en Tyburn y decuartizado mientras aún estaba vivo.

13. Beata Magdalena Panattieri, virgen (†1503). En una pequeña capilla de Trino, Italia, esta terciaria dominica catequizaba y daba consejos incluso a sacerdotes que a ella acudían.

14. San Calixto I, Papa y mártir (†c. 222 Roma).

Santa Angadrisma, abadesa (†c. 695). Superiora del monasterio benedictino de Oroër-des-Vierges, fundado por San Ebrulfo en las proximidades de Beauvais, Francia.

15. Santa Teresa de Jesús, virgen y doctora de la Iglesia (†1582 Alba de Tormes - España).

San Barses, obispo (†379). Condenado al exilio por el emperador arriano Valente, falleció en Edesa, Turquía.

16. Santa Eduvigis, religiosa (†1243 Trebnitz - Polonia).

Santa Margarita María Alacoque, virgen (†1690 Paray-le-Monial - Francia).

San Anastasio, monje (†c. 1085). Siendo eremita en la isla de Tombelaine, cerca de Mont Saint-Michel, fue invitado por San Hugo a ingresar en el monasterio de Cluny. Falleció en Pamiers, donde pasó los últimos años de su vida en soledad.

17. XXIX Domingo del Tiempo Ordinario.

San Ignacio de Antioquía, obispo y mártir (†107 Roma).

Beatas María Natalia de San Luis Vanot y compañeras, vírgenes y mártires (†1794). Religiosas de la Orden de las Ursulinas, guillotinas en Valenciennes, Francia.

18. San Lucas, evangelista.

San Asclepiades, obispo (†218). Insigne confesor de la fe durante el tiempo de las persecuciones en Antioquía, actual Turquía.

19. Santos Juan de Brébeuf e Isaac Jogues, presbíteros, y compañeros, mártires (†1642-1649 Ossernenon - Canadá).

San Pablo de la Cruz, presbítero (†1775 Roma).

Santa Frideswida, virgen (†735). Abandonó la vida de corte para ser abadesa en Oxford, Inglaterra.

20. San Cornelio, el centurión. Bautizado por San Pedro en Cesarea de Palestina.

21. Santa Celina (†d. 458). Madre de los obispos San Principio, de Soissons, y San Remigio, de Reims.

22. San Lupencio, abad (†c. 684). Abad de Saint-Privat-de-



San Juan de Capistrano - Convento de los Descalzos, Lima

Javols, en Châlons. Tras sufrir numerosas injurias y calumnias de parte de Inocencio, conde de esta ciudad, murió decapitado.

23. San Juan de Capistrano, presbítero (†1456 Ilok - Croacia).

Santa Etelfleda, abadesa (†s. X). Aún adolescente, se consagró a Dios en el monasterio fundado por su padre, Etelwoldo, en Ramsey, Inglaterra, del cual fue abadesa durante largos años hasta su muerte.

24. XXX Domingo del Tiempo Ordinario.

San Antonio María Claret, obispo (†1870 Fontfroide - França).

San Martín de Vertou, diácono y abad (†s. VI). Ordenado diácono por San Félix, obispo de Nantes, Francia, fue enviado por él para evangelizar

a los paganos de los alrededores. Erigió y rigió el monasterio de Vertou.

25. San Mauro, obispo (†1070).

Abad del monasterio de San Martín de Pannonhalma, Hungría, nombrado obispo de Pécs por indicación del rey San Esteban.

26. Santos Luciano y Marciano, mártires (†c. 250). Quemados vivos en Izmit, Turquía, por orden del procónsul Sabino.

27. San Gaudioso, obispo (†s. V/VI). Obispo de Abitinia, en la actual Túnez, que huyendo de la persecución de los vándalos terminó sus días en un monasterio fundado por él en Nápoles, Italia.

28. Santos Simón y Judas Tadeo, apóstoles.

Santos Vicente, Sabina y Crispetta, mártires (†c. 305). Huyendo de Talavera a Ávila, fueron asesinados cruelmente en esta ciudad española.

29. San Dodón, abad (†s. VIII).

Abad de Wallers, Francia, que, sintiéndose llamado a la vida ascética, se hizo eremita en las proximidades de este monasterio.

30. Beata Bienvenida Boiani, virgen (†1292). Terciaria dominica, que consagró su vida a oraciones y penitencias en Cividale del Friuli, Italia.

31. XXXI Domingo del Tiempo Ordinario

Beato Cristóbal de Romagna, presbítero (†1272). Fraile menor enviado por el propio San Francisco de Asís a predicar en Aquitania. Murió ya centenario en Cahors, Francia.

Coraje y

A semejanza del edelweiss, flor predilecta de los alpinistas, que germina en altitudes difícilmente accesibles, determinados atributos de alma están reservados a aquellos que se disponen a escalar los pináculos de la virtud.

Las eternas y virginales nieves de los Alpes, contra las cuales constantemente soplan gélidos vientos, coronan con nobleza los picos de imponentes formaciones rocosas.

Durante el siglo XIX, quizá impulsados por la nostalgia del espíritu épico que tanto brilló en la Europa de antaño, muchos jóvenes se lanzaron a conquistar las cimas de aquellas montañas que sus antepasados se limitaron a contemplar. Obtuvieron como recompensa la vista de panoramas grandiosos, la satisfacción del objetivo logrado con proeza y, tal vez, algo de fama...

Inesperadamente, también fueron galardonados con un sencillo tesoro dotado de bello simbolismo. Aquellos osados pioneros se encontraron con una minúscula joya de la naturaleza vegetal, hasta entonces admirada únicamente por las águilas: el edelweiss (del alemán, pronunciado *edelbáis*, «blanco noble» o «blanco puro»), una pequeña, alba y aterciopelada flor que pasaría a ser el emblema del montañismo.

Al ser endémica de las alturas y nada fácil de encontrar, se consideraba, con aires de leyenda, que esa flor revestía a su poseedor de un halo de

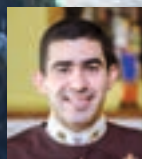
valentía y atrevimiento inédito. Así, Francisco José I la eligió, en 1907, como símbolo de las tropas de montaña del Imperio austrohúngaro; en Suiza, los rangos más altos del ejército la usaron como insignia, en sustitución de las estrellas; y, durante la Primera Guerra Mundial, fue otorgada como medalla a las tropas alemanas que demostraban un insigne valor.

En su sencillez y candor, fue muy apreciada igualmente por la aristocracia austriaca, que adornaba sus trajes con ricas joyas inspiradas en ella. Poco a poco esa mítica planta,

pureza



Franck Hidvégi (CC by-sa 4.0)



Santiago Vieto Rodríguez

conocida también por los franceses como *étoile des Alpes*, —estrella de los Alpes—, celebrada en poemas y canciones, se estableció definitivamente en el firmamento de la cultura del Viejo Continente.

Muchas veces Dios les manifiesta las realidades metafísicas más sublimes a los hombres cuando éstos alían la contemplación admirativa de la naturaleza a la tradición. Y de ello el edelweiss nos ofrece un nítido ejemplo. En efecto, quien analiza y medita con espíritu sobrenatural los aspectos y reflejos transcendentales contenidos en esa flor encontrará algo

de un valor más refinado: una catequesis, un mensaje del Creador.

La castidad —la pureza del cuerpo y del alma, simbolizada en la aparente fragilidad y blancura de esa planta— únicamente nace como un renuevo de la nieve inmaculada que es la devoción a María Santísima y la conservan tan sólo las almas verdaderamente combativas, osadas y audaces que, habiéndose hallado en las alturas de la perfección cristiana, deciden luchar para alcanzarla. Se trata de almas valientes, no confiadas en sus propias fuerzas, sino solamente en la gracia que nos viene a través de

la Virgen, abandonadas en sus brazos maternos como el edelweiss al sol de las montañas.

Las «almas edelweiss», al recibir los últimos rayos del astro rey, sin marchitarse se elevan finalmente sobre la tosca materia, para resplandecer con otro brillo... No como *étoiles des Alpes* ni como refinadas joyas en el vestido de una princesa terrena, sino con fulgores sobrenaturales, están destinadas a adornar la corona de aquella cuya santidad perfuma el orbe entero, la Reina y Soberana María, invocada como *Splendor Firmamenti*. ✧

Los Alpes de Zillertal vistos desde el valle de Schmirn (Austria) con el pico Kleiner Kasserer en primer plano. En el destacado, edelweiss fotografiado en el valle de Queyras (Francia)

En esta fotografía, Santa Teresita, con ocho años, está mirando hacia un punto vago, indefinido, pero con una especie de absorta, afectuosa y respetuosa contemplación. En definitiva, es la mirada propia a un espíritu poderosamente contemplativo.

En su mirada hay algo que me cuesta expresar adecuadamente, pero ése es el estado de alma dispuesto hacia las cosas que son enteramente superiores. Fue una infancia profundamente consciente, meditada y razonada.

He aquí a Santa Teresa del Niño Jesús con todo el tesoro de meditación que pueda existir en el alma de una niña; vivió su infancia fiel a sí y continuó siendo ella misma hasta el apogeo de su madurez.

Plinio Corrêa de Oliveira

